

MUNDO TEATRAL

REVISTA QUINCENAL

SANTIAGO

VALPARAISO

CASILLA 2935

CASILLA 689

1918

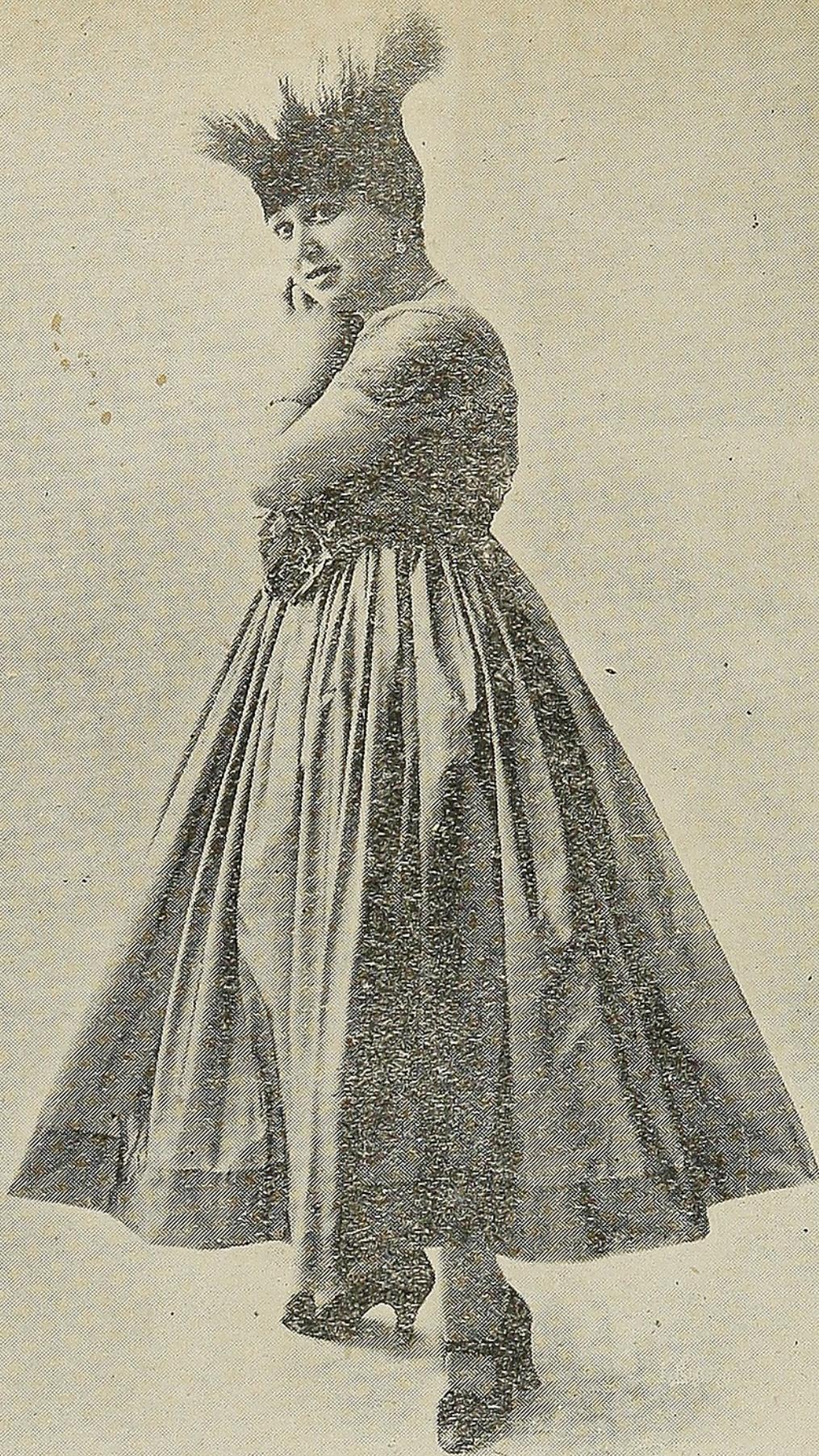
“La Pendiente”

Comedia de

Manuel Mackenna Subercaseaux



Precio: 40 cts.



Elegante y distinguida tonadillera que actúa con gran éxito en Buenos Aires y que debutará el 1.º de Noviembre en Santiago, contratada por la Empresa del Teatro de La Comedia.

TEATRO ALAMEDA

DELICIAS FRENTE A REPÚBLICA

Orquesta todos los días. Programas seleccionados, con las mejores vistas de todas las compañías y marcas.

ESTRENOS

Viércoles 18, Especial y Noche, La marca de Fuego

Sábado 19, Especial y Noche, 2.^a época de Fuerza y Nobleza

Domingo 20, Matinée, 1.^a, 2.^a y 3.^a séries de Blanco Trágico
Especial, La Máscara de Amor. Noche, La mujer enigma.

Llegó nueva remesa

de los finísimos Polvos de Arroz

MALVALOCA

En caja de madera barnizada

A \$ 3,80 LA CAJA

Teatro Unión Central

Concert Biograph de Moda

El único Teatro con sus vistas revisadas para familias y con estrenos diarios. El cine más cómodo, más elegante y más aristocrático de Santiago. El que cuenta con la mejor orquesta.

¡LOS ÚLTIMOS ESTRENOS!

La reapertura del Teatro Royal

Creemos oportuno e interesante para nuestros lectores, hacer una reseña de este importante teatro, que con las refacciones efectuadas, se coloca en primera fila entre las salas que se dedican a los espectáculos del arte cinematográfico.

Ante todo llama la atención en este Teatro su sistema de iluminación, original y nuevo, que permite dar la luz poco a poco, evitando las molestias que el anterior sistema ocasionaba. Los pasillos y escaleras son amplios, las butacas confortables y elegantes. La proyección de las vistas se hace detrás de la sábana, evitándose la fatiga producida a los ojos, por los rayos luminosos que atraviesan la sala.

En resúmen, cuanto puede pedirse en confort y severo buen gusto.

Los programas son esencialmente novedosos, de las acreditadas marcas Pathé N. Y., Balboa, Triangle, Metro, American, Essanay, Mutual, Eclair, Film d'Art, Film Succes, o sea, lo más variado dentro de lo más artístico.

Es de felicitar a la Empresa Max Glucksmann, porque entraña un progreso de todo orden en la vida cinematográfica.

MUNDO TEATRAL

(Es propiedad)

REVISTA QUINCENAL

Crítica, crónica de cinemas y de arte, novedades teatrales, siluetas de autores
Publica en cada número una obra teatral de éxito

DIRECTORES-PROPIETARIOS:

N. YAÑEZ SILVA. RENÉ HURTADO BORNE. FERNANDO GÁNDARA PASTOR

SANTIAGO

Sto. Domingo 1245. Casilla 2935

VALPARAISO

Casilla 689

Año I.

18 de Octubre de 1918

N.º 1

Nuestros propósitos

Ante todo, benévolos lectores, no frunsáis el ceño: no os amenaza un programa bombástico que nunca se cumple: solo encontraréis en estas líneas la sinceridad de un ideal, que vuestra gentileza puede hacer realidad.

El es la creación de una revista, modesta como la que os ofrecemos, que difunda nuestro teatro, publicando en cada número una de sus obras, juzgando éstas y las novedades de la quincena de espectáculos, en una crítica meditada, sin apasionamientos ni odiosidades, y teniéndoos al corriente de nuestro mundo teatral.

No se os escapará, que para vuestras horas de solaz, el cinematógrafo os invita a gozar de sus atractivos, por lo cual en nuestras crónicas trataremos de facilitaros la solución del problema aquel de pasar un rato de agrado y de arte.

En las siluetas de nuestros autores, os los presentaremos sin las sonajerías del éxito, ni el silencio del fracaso: los veréis tales cuales son. No aceptaremos polémica alguna, pues deseamos, contando con vuestra protección, fraternidad y trabajo honrado, para bien de nuestro ideal: el poco arte que podemos ofrecer y el mucho que viene de afuera.

Y ahora, señores, tiempo es ya, como en el tablado de la antigua farsa, que suenen los tres golpes clásicos, que se iluminen las candilejas..... y arriba el telón.--LOS DIRECTORES.

Compañía Montero-Fernández

Ha continuado actuando con buen éxito esta Compañía de zarzuela española. Su larga estada en este teatro habla de la buena acogida que ha tenido. Los estrenos que más han llamado la atención, han sido las revistas «Vaya calor» y «El asombro de Damasco» que puestas con lujos decorado y esmero han hecho un buen cartel. La leyenda «El Cristo de la Vega» ha sido otro éxito de la Compañía, como así mismo la tonadillera Luisa Vila que ha conquistado los aplausos y simpatías generales. La temporada puede considerarse un asierto de la Empresa Teatral del Pacífico.

Compañía Valle Csillac

Para los primeros días de Noviembre se anuncia en este teatro el debut de esta Compañía de Opereta, en la cual figura el primer actor Valle y la tiple cómica Csillac, artistas de gran mérito en el género. Viene precedida esta compañía de gran fama, habiendo hecho su última temporada en el Teatro Municipal de Lima. Como se vé esta Empresa pone especial cuidado por traer espectáculos a la altura de la importancia de su teatro.

Compañía de Seguros Generales LA MUNDIAL

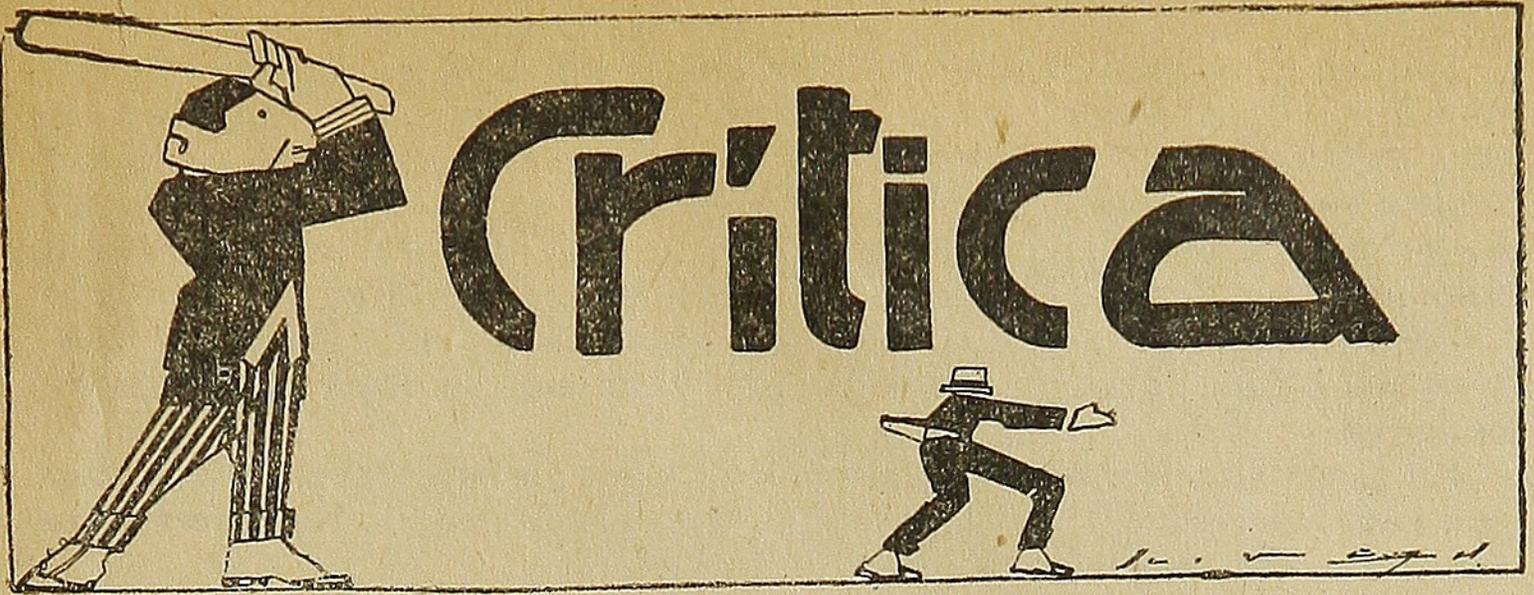
Esta progresista Compañía, que tiene un capital de \$ 2.000,000, trabaja en seguros sobre la vida, dotes infantiles, incendios, riesgos marítimos y accidentes de automóviles. Tiene Agencias en todas las localidades del país, y su Oficina Principal en Santiago, Bandera 239, Teléfono Inglés N.º 1910, Casilla 12 B.

DIRECTORIO

Darío Zañartu, Presidente. Roberto Sánchez G. de la H., Vice-Presidente
Eduardo Charme, Luis Antonio Vergara, Ricardo Lyon
Carlos Mascaró Serrano, Director-Gerente.

Una de sus GRANDES NOVEDADES son los SEGUROS DOTALES DE NIÑOS, que se emiten desde \$ 1,000, para recibirlos el niño al cumplir 18, 21 y 25 años. Si el niño fallece la Compañía devuelve los premios percibidos, y en caso de fallecimiento del padre se paga cuando el niño cumple el período elegido.

Pida hoy mismo los catálogos explicativos, pues Ud. debe, cualesquiera que sea su fortuna, asegurar el porvenir de sus hijos.



Dedicaremos nuestro primer artículo de crítica, a decir algo al lector del espíritu que esa crítica tendrá en esta sección de MUNDO TEATRAL.

Antes que nada y por sobre todo, seremos absolutamente sinceros, procurando con esta sinceridad que el público vea en nosotros un informante leal, que si por algo peca, no ha de ser en ningún caso, por querer falsear la verdad.

El prestigio se consigue siempre ante el público por esa verdad que tanto cuesta decirla, ya sea por no herir susceptibilidades o por no perjudicar negocios, en los cuales a veces se han arriesgado algunos capitales. Sabemos que este espíritu informante tiene sus inconvenientes, que acarrea antipatías, las que estamos dispuestos a sobrellevar resignados en pro de nuestra sinceridad y ante todo de la verdad.

Los grandes rotativos en sus secciones críticas son discretos, es decir, aquello que francamente les parece malo, lo dejan adivinar entre líneas; pues nosotros mostraremos esas entrelíneas, y sin olvidar la discreción, preciosa cualidad cuando se escribe para un público culto como será el que nos va a leer, procuraremos que la verdad reine en nuestras apreciaciones u opiniones. *Se aplaude mucho* dice el público y «se censura poco». Creemos que lo mejor será un término medio, en que aplauso y censura justificada—entiéndase bien: justificada—correspondan a lo criticado.

Como no estamos urjidos por el tiempo—escribir a media noche y con espacio determinado—podremos serenar nuestros juicios, y aún más, ver en muchas ocasiones lo que nuestra mirada no vió la primera noche de una representación, por causa de muchos factores imprescindibles, como ser inquietud de actor o crítico, ambiente que influencia a favor o en contra, etc.; todos esos pequeños detalles, que por lo mismo que son pequeños suelen deslizarse al criterio, y que si no lo desorientan, por lo menos lo perturban a menudo.

Creemos que nuestro criterio está libre de trabas y de compromisos. Por la misma modestia de nuestra publicación, podremos decir las cosas claramente, confiados en que ellas viniendo del más pequeño órgano de publicidad, si alguna estridencia o grito malsonante hubiera en ellas,

siempre encontrará la sordina piadosa que le pongan quienes al leer se percaten de la modestia de papel en que escribe el leído.

Pequeños, ocupando apenas algunos centímetros de espacio, llevaremos a ese espacio nuestras críticas brevemente, concisas, claras, sin medias tintas para nada ni para nadie. Conocemos ampliamente el mundo teatral en que vamos a actuar y que vamos a juzgar sin apasionamientos. La profesión forma en nosotros ya una segunda naturaleza, y al escribir tomando lo que de esa profesión sea menester, procuraremos dar a nuestro estilo un poco de arte, que si no lo tenemos, leyendo lo que los maestros nos digan, habrá en nosotros, por lo menos la sana intención de esfuerzo.

En el próximo número hablaremos de todos los espectáculos de teatros con esta sinceridad y con esta lealtad para el público, de las cuales, nuestra mejor aspiración, sería hacer un sacerdocio.

N. YÁÑEZ SILVA.

En el Foyer

BUEN NEGOCIO

A uno de nuestros literatos, de mucho talento, pero poco fecundo, le predicaba un amigo, reprochándole su vida bohemia.

—Si trabajaras más —le decía— ganarías dinero y estarías bien.

—No tengo tiempo —decía el intelectual.

—¿Por qué no buscas un empleo? Te ganarías lo menos trescientos del ala.

—¿Trescientos? Pst.. gano mucho más pidiendo prestado.

Día de estreno

—¡Te felicito! Tu drama es lo mejor que se ha escrito para nuestro naciente teatro. ¿Qué dirán ahora los envidiosos?

—¡Hombre! Eso es precisamente lo que yo te iba a preguntar.

Antes de mandar hacer sus trabajos

PIDA PRESUPUESTOS A LA

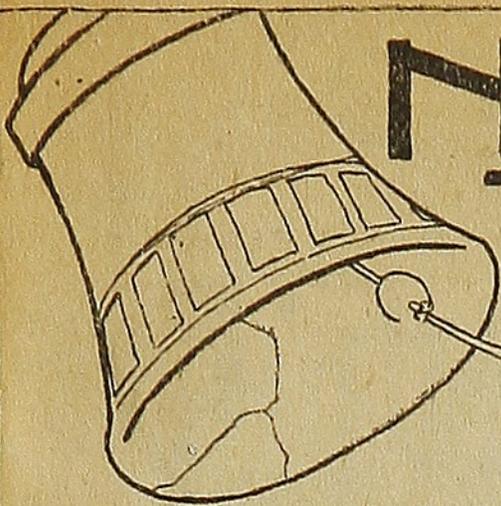
IMPRENTA "SANTIAGO"

ESMERALDA 872-76

Y se convencerá de lo equitativo de sus precios

Prontitud y elegancia en la ejecución de sus trabajos.

NOVEDADES TEATRALES



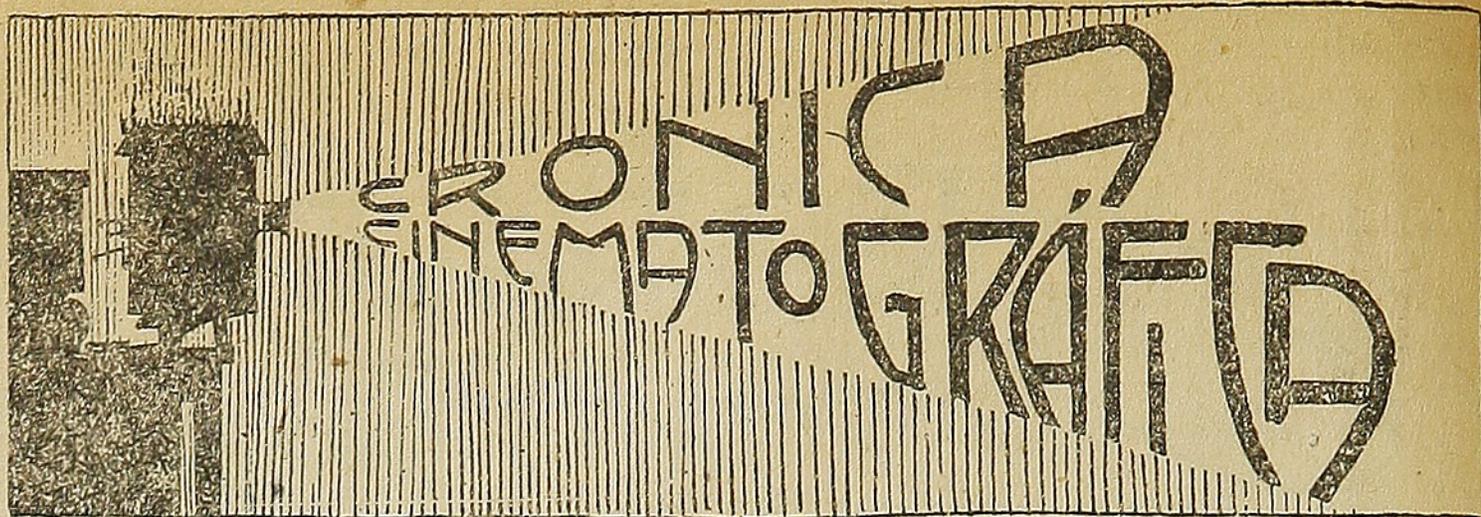
Valparaíso

Al fundar «Mundo Teatral», tanto para consolidar su base comercial como para no dejar en segundo término la vida teatral y artística de una ciudad de la importancia de Valparaíso, comprendiendo en ella a Viña del Mar, acordamos que la Revista salga simultáneamente en Santiago y Valparaíso destinando las páginas que vayan siendo necesarias para crónica, movimiento teatral y avisadores de Valparaíso.

Cumplimos por lo tanto en poner la Revista a las órdenes del público porteño en general y en especial a los que forman parte o se hallan vinculados al mundo teatral y artístico, esperando que todos nos ayuden en nuestra labor en pro del arte nacional y extranjero.

Aunque hemos fundado esta Revista con una base económica que le permita larga vida y con las reservas necesarias para el caso improbable de que puedan faltar en un momento los avisos y disminuir las ventas, no es nuestro fin primordial el ganar dinero sino el de mantener una Revista que timamos se hacía necesaria para ser el órgano general y amigo de la vida teatral y artística y no de especialidades de ella como ocurre con otras revistas actualmente existentes.

Desde el próximo número, y sirviéndonos las anteriores líneas de suficiente prólogo, destinaremos esta sección para dar cuenta de las novedades teatrales de cada quincena, o a crítica de espectáculos, películas importantes y obras teatrales porteñas.—FERNANDO GÁNDARA PASTOR.



INFLUENCIA DEL CINEMATÓGRAFO

Si algun iluso hubiera predicho el vuelo que tomaría este arte e industria, de seguro se le habría creído víctima de una imaginación ultra tropical. Se pensaba que la escena muda, nunca llegaría a hacer vibrar nuestros sentimientos, ni poder ser una escuela amena, como lo es el teatro de verdad.

El tiempo ha demostrado la profundidad de ese error. El cinematógrafo es, hoy en día, arte, propaganda y mesa de disección, que mostrando los males indica el remedio. La falta de vida real que pueda tener la escena muda, está largamente compensada con la facilidad de comprensión que da la lectura bien hecha de un film, y los detalles minuciosos y descriptivos que refleja la pantalla.

El teatro y el cine, dos entidades que a simple vista parecen reñir una lucha violenta, en verdad no la libran, pues ambas se adaptan a las diversas tendencias de la imaginación; en ambas se puede hacer arte puro y también chabacanerías, que triste es decirlo, la demanda inmensa de producción hace posibles. Esta influencia creciente de la película, que ya la coloca en honrosa hermandad con el espectáculo hablado y vivido, la hace acreedora a una crítica proporcional, pues su sugestión espiritual es grande.

El cine es ya realidad, y como a tal hay que tomarlo y juzgarlo.

Calumnia.—En el «Alhambra» ha sido proyectada esta película de la casa Fox, cuya protagonista es Berta Kalich, una de las buenas trágicas del cine. Su argumento es de un proceso pasional interesante y que mantiene el interés en todas sus partes, con un desarrollo real, aún cuando quizás demasiado marcado el deseo de venganza, de la mujer y la madre, a quien la calumnia ha desbaratado su hogar y su felicidad.

Consigue su objeto: emociona.

Chaplin en vida de perro.—Ha tenido un éxito esta película cómica, presentada por Bidwell y Larraín en diversos cines. La gracia inimitable de Chaplin ha encontrado novedades en esta nueva vista, que con algunos toques románticos en su argumento, no fatiga en un constante reír.

Lo que mis ojos vieron.—North American Film Service nos ha traído esta interesante vista, basada en la catástrofe del «Lusitania», de la cual es protagonista Rita Jolivet, sobreviviente de ese hecho trágico que tanta influencia ha tenido en el desarrollo de la guerra mundial. Es una película de gran interés trágico, y que ha sostenido el cartel en casi todos los cines.

La mujer desdeñada.—Tras el éxito de «El destino del lobo», hermosa cinta de la vida de los cow-boys, el teatro Royal, que dicho sea de paso ha quedado con todo confort y elegancia con la refacción efectuada, ha presentado «La mujer desdeñada», novela de intrigas y pasiones, en la cual hace de protagonista Ruth Roland. Es una cinta de interesante interés psicológico que demuestra uno de los tantos casos de la vida real, sin exajeraciones de mal gusto, y con toda propiedad. Con vistas seleccionadas como estas y las novedades que nos anuncia, la empresa Max Glucksmann dará a este teatro la importancia que se merece.

Marca de Fuego.—Esta vista Paramount, que venía envuelta en un gran réclame, ha sido pasada con un éxito que le augura un buen cartel. Su argumento, si bien es verdad que no es de gran novedad, pues la descripción del lujo y de los mirajes del gran mundo, está bastante explotada, en su desarrollo es interesante, destacándose el desenlace dramático en la escena de la «Marca de Fuego», con realismo y buen gusto discretos. Sus intérpretes principales Sessue Hayacawa, el gran actor japonés, y Annie Ward, hacen un trabajo muy completo, ayudados por la presentación de lujo y los juegos de luz que están tomados con acierto.

Fuerza y nobleza.—Es esta una película de aventuras, dividida en varios episodios, en los cuales el principal protagonista es el ex-campeón mundial de box, Jack Johnson. En este género de vistas es más o menos como todas, siendo su novedad la actuación del célebre pugilista.

La vida de Cristóbal Colon.—En el Royal ha sido estrenada con un franco éxito, esta interesante vista histórica, que en todo momento mantiene la ilusión de la época. El parecido de los personajes, el lujo de los cortejos y el natural movimiento de las multitudes, hacen de esta vista una de las buenas novedades presentadas por este teatro.—H.

Cines en los cuales el público tiene la seguridad de asistir a un espectáculo culto y artístico

Teatro de <i>La Comedia</i>	Huérfanos esq. Morandé.
» <i>Royal</i>	» entre Ahumada y Bandera.
» <i>Alhambra</i>	Monjitas esq. San Antonio.
» <i>Unión Central</i>	Ahumada entre Agustinas y Moneda.
» <i>Colón</i>	Teatinos esq. San Pablo.
» <i>Alameda</i>	Delicias frente a República.
» <i>Brasil</i>	Huérfanos esq. Brasil.
» <i>Septiembre</i>	Lira esq. Delicias.
» <i>Yungay</i>	Plaza de Yungay.

EMPRESA de TEATROS y CINEMAS Ltda.

Chile, Argentina, Perú, Bolivia, Ecuador

Capital Social £ 65,000

Oficina principal en Chile: Córdell 338 - Valparaíso

DIRECCIÓN TELEGRÁFICA: "CINEMATRO"

Agencias en: Santiago, casilla 2067; Concepción, Chillán, Serena, Coquimbo, Antofagasta, Iquique, Tacna, Arica, Temuco, Valdivia y Punta Arenas.

La única Empresa que puede asegurar

5 Extremos semanales escogidos

Exclusividad absoluta de las famosas marcas:

**Fox, Pathé, Bertini, Ivan, Paralta,
Selecta, Caesar, Triumph, Selexart,**

En cuyos elencos figuran artistas de la talla de Francisca Bertini, Gabriela Robinne, Clara Kimball Young, Norma Talmadge, Constance Talmadge, Perla White, June Caprice, Alice Brady, Bessie Barriscale, Mary Osborne, Theda Bara, Liliana Creuze, Mollie King, Luisa Glaun, Virginia Pearson, Berta Kalich, Ruth Roland, Arline Pretty, George Walsh, William Farnum, Gustavo Serena, Creighton Hale, Antonio Moreno, Camilo de Riso, Warren Kerrigan, Harry Hilliard, Stuart Holmes, Robert Mantell, Catalina y Juanita Lee, etc., etc.

Si Ud. busca el éxito para sus espectáculos, presente el programa de la
Empresa de Teatros y Cinemas Ltda.

SILUETAS

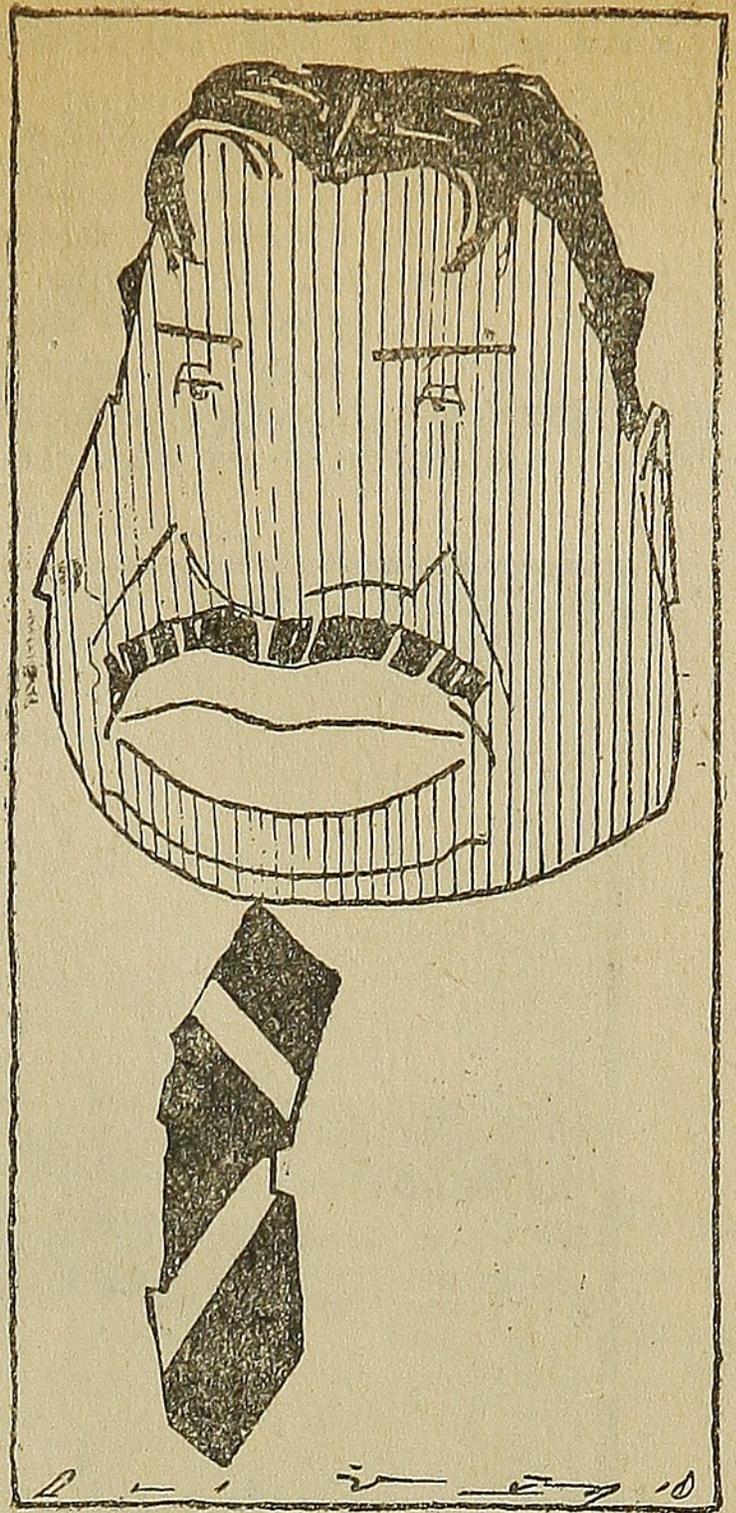
Más bien bajo que alto, sin que esto sea restar cualidades a su esbeltez; cuerpo sólido, rostro de líneas propicias al dibujo caricatural. Cuando sonríe, se creyera que en su sonrisa toma el pelo al que lo mira, y cuando ríe, se estremece todo su cuerpo demorándose algunos segundos en volver a la quietud. Tiene ojos oscuros, más aún que su tez y su fisonomía toda, que cuando ya se familiariza uno con ella, respira indiscutible bonhomía.

Como autor de «Rucacahuin», marcó en la nueva era del teatro nacional, uno de los primeros éxitos grandes y definitivos. Dicen que este éxito puso al autor un poco difícil de tratar, y si fuera así, había razón para ello, porque aquella obra, es uno de los últimos chispazos de la raza araucana que muere.

«Flores del Campo», comedia en un acto de índole netamente nacional, está hecha con suma habilidad de hombre de teatro, y se la nombra a menudo casi como un modelo del género. Tiene en su haber de autor varias obras, la comedia en tres actos «Con su Destino», «Amorcillo», risueña comedia de salón y la adaptación a opereta de «Divorciémonos», con el título de «Damas de Moda», y «Bajo la Selva» laureada en el concurso de 1910.

Díaz Meza es un hombre de teatro. Ha vivido entre bastidores; en ellos ha triunfado y ha sufrido, porque el crítico de *El Mercurio* y el autor aplaudido, ha luchado con la vida a brazo partido, y creemos que la vencerá.

En la intimidad y cariñosamente se le llama «el negro», aludiendo quizás a su color un tanto moreno, que lo hace inconfundible y el blanco de las bromas. Ha tenido en su vida dos grandes apasionamientos: la Goya, y nuestros aborígenes, para los cuales ha sido una especie de Ercilla con vestón y simpático borsalino plomo.

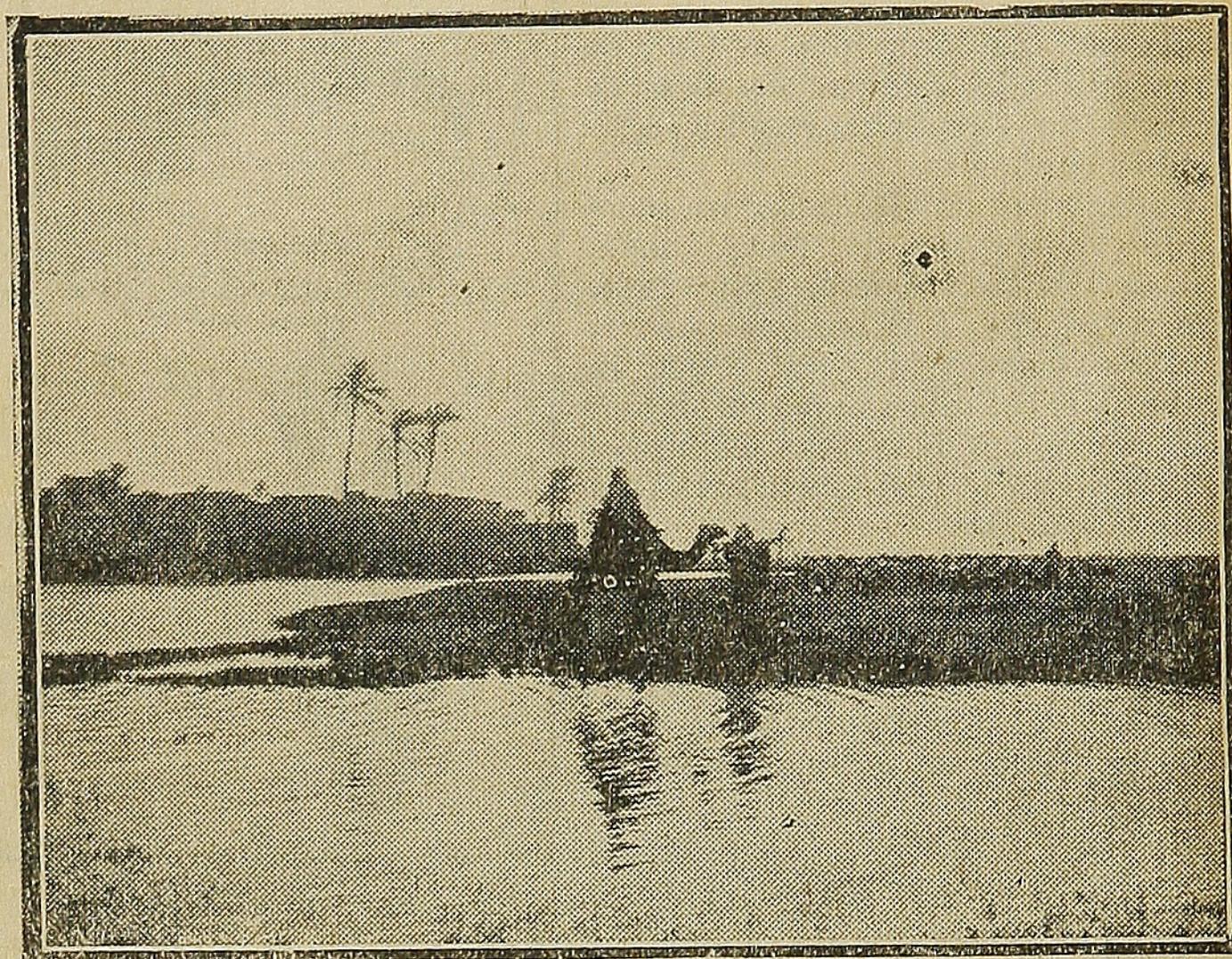


Aurelio Díaz Meza

Una película que ha merecido los honores de una ópera

Por mas despreocupados que sean nuestros lectores, no habrán podido menos que fijarse en la propaganda que se está haciendo a la película «Christus». Nuestros canjes del extranjero revelan que no es exajerado.

Sin tomar en cuenta la concepción sublime del tema que, según la feliz frase de un crítico «inmortaliza el nombre del poeta Fausto Salvatori», el mérito capital de «Christus» estriba en la propiedad con que ha sido puesto en escena. Los monumentos soberbios, las pirámides y los oasis con sus palmeras y lagos parecen tan nítidos, tan perfectos, que nos producen la impresión de un viaje recién hecho.



Su exclusividad para Chile ha costado mas del doble que la película mas cara pagada hasta la fecha. Un verdadero capital ha invertido en ella la Sociedad Teatros Septiembre y Brasil, y que es de esperar sea recuperado con creces dada la importancia y el espíritu de la obra.

El estreno de «Christus» se efectuará a fines de mes en los teatros precitados, fecha en que estarán terminados los ensayos del acompañamiento musical escrito por el maestro Giocondo Fino para esta película.

No terminaremos estas líneas sin aplaudir los progresos de la Sociedad de los Teatros Septiembre y Brasil que, además de presentar en sus salas solamente las vistas notables que llegan al país, adquiere películas que como «Christus», dignifican la cinematografía y la hacen atrayente aún para los sibaritas artísticos.

“LA PENDIENTE”

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MANUEL MACKENNA S.

(Obra propuesta para el premio en el certamen Díaz de Mendoza)

PERSONAJES

DON FELIPE	70 años	EUGENIO.....	45 años
DIEGO.....	65 »	ARTURO	40 »
ELOÍSA (Madre de Ricardo)	60 »	CARLOS.....	32 »
PEDRO.....	60 »	ESTER.....	30 »
JUAN	55 »	RICARDO	27 »
JOSÉ.....	55 »	MARGARITA.....	24 »
SIRVIENTE (Hombre).....	55 »	GUILLERMO	20 »
LUISA (Madre de Margarita).....	50 »	MARÍA.....	20 »
		REBECA	17 »

(NOTA.—Sólo el autor puede autorizar la representación de esta obra.
Queda hecho el depósito que manda la Ley).

ACTO PRIMERO

La escena representa el hall de una casa-palacio, lujosamente amoblado. Vidriera que da al jardín en uno de los costados del fondo. Dos puertas en cada lateral y al fondo contrario de la vidriera, ancha comunicación abierta con el departamento que se supone de las oficinas de la Legación. Gran mesa escritorio en un costado y sobre ella teléfono, papeles y libros. Cuadros, sillones, etc.

ESCENA PRIMERA

EUGENIO, CARLOS, CRIADO

Al levantarse el telón aparece Eugenio sentado escribiendo con semblante de intensa preocupación. Después de un momento se levanta, toca el timbre y luego aparece el criado.

EUG.—Vea si ha llegado el secretario. *(El criado hace signo de aprobación y se retira. Eugenio sigue escribiendo y luego es interrumpido por el secretario)*.

CARLOS.—Buenos días señor ministro.

EUG.—Buenos días. ¿Estaba Ud. en el despacho?

CARLOS.—No señor; vengo entrando.

EUG.—Nada de nuevo?

CARLOS.—Me parece imposible señor ministro mantener en reserva la noticia por más tiempo. Ya está en poder de la prensa, en el Ministerio, en el público...

EUG.—No fué posible que la Agencia la reservara durante algunas horas más?

CARL.—Imposible. Además la notificación oficial...

EUG.—Deme Ud. el cable.

CARL.—La copia?

EUG.—Nó, el original. (*Carlos sale para volver enseguida y Eugenio sigue escribiendo*).

CARL.—Aquí está señor Ministro. (*Le entrega la copia de un telegrama*).

EUG.—Terminó Ud. la nota sobre el impuesto al tabaco?

CARL.—Sólo me faltan unas palabras señor Ministro.

EUG.—Hágame Ud. el favor de terminarla para entregarla hoy al Ministerio.

CARL.—Piensa el señor Ministro traspasar hoy el archivo?

EUG.—A quién?

CARL.—Entendía que...

EUG.—(*Interrumpiendo*). Nó, nó, nó; puesto que Ud. no ha sido destituido, Ud. quedará a cargo de la Legación.

CARL.—Yo?...

EUG.—Dentro de media hora. Estoy terminando la respuesta a mi Gobierno, y luego enviará Ud. un telegrama acusando recibo de la Legación.

CARL.—Pero señor...

EUG.—No hay nada que discutir; es asunto resuelto.

CARL.—(*signo de aceptación*)... De modo que la reserva aconsejada?...

EUG.—Ya no tiene razón de ser. Anoche al despedirme de Ud. envié un cable a mi amigo Landa y aquí tiene Ud. la confirmación (*pasándole un telegrama que toma de la mesa*).

CARL.—(*leyendo*). Disposición inamovible, ninguna influencia puede modificar resolución atroz. Paciencia. Recuerdos. Landa. (*Devuelve el telegrama con afectación*).

EUG.—Por lo tanto, despojado de toda esperanza, ya no tiene objeto alguno la reserva de la noticia. Termine Ud. esa nota porque deseo concluir pronto con todo esto.

Hoy mismo, el mismo día aniversario de nuestra patria lo destinaremos a recibir la condolencia de nuestros amigos de Chile.

CARL.—Obedezco señor Ministro (*sale*).

EUG.—(*Sigue escribiendo y luego llaman al teléfono; él contesta*). Aló. Sí, la Legación.—Cómo.—Margarita? Sí.—exacto. Desesperado.—Cómo lo has sabido?—Sí? Deseo mucho verte.

No podrías venir pronto?—Muy bien.—Mil gracias.—Hasta luego. (*deja el fono*) oh ¡amor!, ¡amor! (*sigue escribiendo*).

CARL.—(*Interrumpiendo*) Aquí está la nota sobre el impuesto al tabaco. ¿La dejo sobre la mesa de su despacho?

EUG.—Bien. Gracias. (*Carlos se retira pero a los pocos pasos él lo detiene*). Oiga Ud. Carlos, tenga la bondad de esperar un instante para leerle el final de la nota que enviaré a mi gobierno. Un momento; me faltan dos palabras. (*sigue escribiendo*).

CARL.—Con mucho gusto.

EUG.—Ya está, (*Poniéndose de pié*). Al principio van las frases del protocolo y termina así: (*leyendo*). Por lo tanto Excelencia, unida a mi dimisión entrego a su conciencia la suerte de mi familia, mi fortuna, mis derechos de ciudadano y un pasado de hombre de honor entregado siempre al servicio de su patria. Si con la confiscación de mis bienes se engrandeciera esa República, mi vida por ella también la diera; pero si la resolución de vuestra Excelencia tiende solamente al aprobio de mi porvenir, en ausencia de la sanción humana para con tanta injusticia, habrá seguramente un destino divino que pese por los siglos de los siglos en la conciencia de Vuestra Excelencia.

CAR.—Muy justo señor Ministro. A mi poca experiencia no cabía la idea de un desengaño tan cruel como el que debe experimentar su sentimiento patrio.

EUG.—Atroz amigo mío, atroz. Sin patria y sin fortuna. ¡Qué horror! (*se sienta y cubre sus ojos con el pañuelo*).

CARL.—Yo sólo puedo ofrecerle señor Ministro mi lealtad y mi gratitud. Disponga de ellas.

EUG.—Gracias amigo. Único testigo de la única lágrima que recuerdo haber derramado en mi vida!

ESCENA SEGUNDA

EUGENIO, CARLOS, REBECA

REBECA.—(*Entra precipitadamente por la puerta que dá al jardín con un ramo de flores*). Mira papá, qué flores tan hermosas te traigo del jardín de la Legación Argentina. Estuve ahí

con los niñitos. (*Advirtiendo la presencia de Carlos*). Buenos días Carlos.

CARLOS.—Felices Rebequita; no tan felices como Ud. sin embargo.

REBEC.—(*Dirigiéndose a Eugenio*). También vi al señor Ministro. Me preguntó por tí con mucha insistencia y me dijo que vendría pronto porque deseaba acompañarte mucho, muy especialmente... ¿Pero qué... estás con los ojos llenos de lágrimas?... tú? Es la primera vez que te he visto así... Qué tienes Papá? ¿Por qué me ha dicho eso el Ministro argentino?

EUG.—(*Poniéndose de pié la abraza y se encamina con ella a salir por el costado izquierdo*). También los hombres grandes tienen pena hijita, y cuando un hijo ve sufrir así a su padre, sólo tiene que pedir a Dios una cosa: que tanta pena no le cueste la vida! (*salen*).

ESCENA TERCERA

CARLOS.—(*Monologando*). Profundamente sencible!... Este es el defecto en política de ser apasionado partidarista. ¿Quién se lo agradece? El país... quiá! Pobre país!

ESCENA IV

REBECA, EUGENIO, LUEGO MARGARITA

REBECA.—¿Por qué no mandar buscar a Guillermo para que sepa en casa todo lo ocurrido?

EUG.—Hoy saldrá de la Escuela.

REB.—¿Por qué hoy?

EUG.—El lo tiene muy presente. Porque es el día de México.

REB.—Hoy... 26... ¡Ah, es verdad! ¡Pobre Guillermo! Sabes papá que yo no comprendo ese amor a la patria que tienen los hombres. Guillermo la adora, la quiere mas que a nosotros.

EUG.—Y tiene razón. La patria es nuestro único dueño por eso la amamos sobre todas las cosas.

REB.—¿Dime papá, tu crees que también te habrán quitado los caballos de la hacienda? ¿Mi Cuqui, el overo de Guillermo; los perros, la Namikó, el Dick tampoco volverán a ser nuestros?

EUG.—Todo hijita, se ha perdido en la horrible catástrofe.

REB.—¿Y qué vamos a hacer? ¿Cómo vamos a vivir en adelante?

EUG.—¡Quién puede saberlo! Cuarenta y cinco años de trabajo quedan ahora reducidos a la nada. He de empezar de nuevo. Y Uds. pobrecitos.....

REB.—Nosotros contigo para que en vez de dos manos sean seis las que van a empezar a labrar esta vida nueva.

EUG.—Así lo espero.

REB.—¿Y mamá no sabrá nada?

EUG.—A la paz de su sanatorio en Suiza no llegarán estas noticias.

REB.—¿Mejor para ella, verdad?

EUG.—Ya lo creo. Su inconciencia la defiende de estas penas. ¿Dime hijita, Madame Barbe ha salido?

REB.—Nó. Ibamos a tomar la lección de inglés en seguida.

EUG.—Vé a buscarla y cuéntale lo ocurrido. Dile que en lo sucesivo agradecemos su amistad pero que no podremos ocupar sus servicios.

REB.—¿No voy a estudiar más?

EUG.—Entre Guillermo y yo terminaremos tu educación.

MARG.—(*Interrumpiendo bruscamente*). He venido sola y de carrera; ¿qué es lo que ocurre? (*a Rebeca*). ¿Cómo estás tesoro? (*besándola*).

REB.—Cuéntale todo papá.

EUG.—El fin de una vida Margarita.

MARG.—¡Qué dicen! Guillermo!!

EUG.—Peor aún. La patria.

MARG.—¿La patria? ¿Qué es eso?

EUG.—(*A Rebeca*). Vete hijita en busca de Madame Barbe.

MARG.—Pero vuelves en seguida para que salgamos juntas.

REB.—Sí. Cuéntaselo todo papá. (*Saliendo*). Estamos en la miseria Margarita. (*Sale*).

MARG.—¿Es posible?

ESCENA V

MARGARITA Y EUGENIO

EUGENIO.—Lea Ud. Margarita (*pasándole el telegrama*).

MARG.—Qué es eso. ¿Tienes algo contra mí que no me tu-
tuas?

EUG.—Nada... (*Mirando a la puerta*). La niña... creí. Lee
Margarita.

MARG.—(*Después de leer el telegrama*). ¡Qué horror! pero
tu lo esperabas...

EUG.—Esperaba que Huerta me destituyese pero nó que
me espatriara para siempre y me confiscara hasta lo último de
mis bienes. Esperaba el castigo de un enemigo político, pero
nó la usurpación de dos derechos imaculados; el de la patria
y el fruto de mi trabajo de cuarenta años.

MARG.—¿Te lo han quitado todo?

EUG.—Todo. He recibido telegramas de varios amigos en
que me dan detalles. Todo; hasta los muebles, los cuadros, la
ropa de mi casa de Veracruz.

MARG.—¿Es posible?

EUG.—E irremediable Margarita. Estoy bajo el peso de una
angustia atroz. No sé por donde empezar.

MARG.—¿Ya fuiste a la Moneda?

EUG.—Voy en seguida. Hoy mismo entregaré el archivo de
la Legación y esta casa muy pronto para irme a vivir no sé
aún donde; tendrá que ser a un rincón muy modesto.....

MARG.—¿No tienes dinero guardado en Chile?

EUG.—Cinco mil pesos creo que me quedan en el banco.
Mi renta y mi sueldo los recibía mensualmente.

MARG.—Para estos casos querido Eugenio, hay en el fondo
de los seres un refuerzo de energía que lo dan las corrientes de
buena sangre. Tú lo llevas en tí ¡quien lo sabrá como yo! y en
él vas a encontrar el temple material que te haga falta. Busca en
tí mismo ese apoyo y pónlo en práctica desde hoy mismo. En
cuanto a tus sentimientos lastimados ya sabes que a tu lado
hay una alma grande que es tuya para endulzar tus penas y
sonreír tu vida.

EUG.—¡Margarita! Te llamé porque tu nombre era el único oasis que pude ver desde el primer momento; a tí me llevó el corazón como a un refugio supremo y querido; pero tu amor, de aquí en adelante, no tendrá más la belleza triunfante de nuestra vida pasada, fruto de tus encantos y de mis éxitos. Ahora es distinto porque el amor que me ofreces es un sacrificio para tí; ahora será opaco, pálido como una flor que arrancamos de la luz para llevarla a las sombras.

MARG.—Quieres decirme vanidosa, pagada de los éxitos mundanos, frívola e incapaz de llevarte mis besos al rincón opaco de tu nueva vida? no te equivoques! Tu sabes muy bien en qué forma y con cuanta resistencia llegué a tí. Lo hice involuntariamente; fuí tuya llorando a mares, recuerdas? pero fuí tan tuya, tan definitamente tuya desde entónces quizás porque son las lágrimas las que anudan las almas.

EUG.—Sí, vida mía, lo recuerdo como el sueño más grato de la vida; pero tú eres coqueta, has sido siempre coqueta y la vida que tengo por delante tan oscura, tan humilde me impedirá alcanzarte.....

MARG.—No pienses así; deja al tiempo esa prueba de mi cariño. Hasta ahora he sido yo quien he necesitado de tí y en tí he encontrado lo único que se necesita para ser feliz. Ahora soy yo quien debo endulzarte los días de soledad, de trabajo y de tristeza que te esperan. Estoy contenta que haya querido el destino poner una prueba a mi cariño porque este sacrificio si lo fuera, si alguna vez lo es, me redimirá ante tí de la falta por que nos une y que es, sin duda, la que te hace temer de mí. Yo creo que en la vida toda falta se depura en el crisol de de los pesares; estoy contenta de poder sufrir por tí.

EUG.—Sabes alma mía que lo único que me queda eres tú. Temo porque soy humano y conozco el mundo.

Nuestro amor nació en los días de mayor triunfo de mi labor diplomática, en el baile que se me ofreció en el Congreso para celebrar mi intervención en los asuntos internacionales de tu país, recuerdas?

MARG.—Oh! Ya lo creo...

EUG.—Fuí el héroe de esa jornada y el solo triunfo que guardé en el corazón fuiste tú. El éxito político fué fugaz porque

los hombres son ingratos y envidiosos. Desde entonces nuestro amor no ha tenido un solo quebranto; y sin embargo, permíteme que te lo diga, más de una noche de insomnio han agitado mi cerebro tus coqueterías y mis presentimientos.

MARG.—Debiste decírmelo; soy coqueta porque el éxito que he tenido lo debo a eso.—Los hombres deducen de la coquetería una esperanza y la coquetería no da nada. Yo lo entiendo como un juego de salón al cual concurren los hombres como a un torneo de sprit.

EUG.—Y de tentación.

MARG.—Pero no concibo que de ella pueda deducirse un peligro.

EUG.—Te equivocas Margarita. La coquetería no es sino una insinuación al amor y el amor nunca avisa cuando llega, llega solo, llega mudo y es muy fácil que entre en donde siempre las puertas están abiertas...

MARG.—Pero no será en adelante, te lo prometo.—Ahora es distinto; ahora necesitas que yo te dé paz para quebrantar así los rigores que te esperan. No lo dudes Eugenio; te quiero tanto!...

EUG.—Si dudara no podría resistir a esta situación, créemelo Margarita. Soy un hombre tan sentimental que no podría sostenerme sin un amparo como tu, tú mi última promesa, el único refugio de mi desesperación (*apasionadamente*).

MARG.—Y me tienes toda tuya.

EUG.—Gracias mi vida; para siempre verdad?

MARG.—Puedes dudarlo?...

EUG.—Nó..... Ahora me voy a la Moneda a darle fin a esta situación.

MARG.—Te dejo.

EUG.—No querrías quedarte con Rebequita? Yo vuelvo en seguida.

MARG.—Sí. Es muy posible que mamá pase por aquí porque yo le dije que venía a buscar a Rebequita. Voy a llamarla.

EUG.—Por aquí (*acercándose a una de las puertas laterales*) Rebeca.

MARG.—(*Llamando*) Rebequita!

ESCENA VI

CARLOS, EUGENIO, PEDRO, JUAN, MARGARITA Y REBECA

CARLOS.—(*Entrando por la puerta que da al estudio*). Pasen Uds. caballeros. (*Después que entran, Carlos se retira*).

EUGENIO.—Adelante.

MARGARITA.—(*Confundida*) [Qué hago?]

EUG.—(*A Margarita*) Quédate.

PEDRO.—Mi querido amigo don Eugenio, Señorita.

EUG.—Felices mis amigos.

JUAN.—Señorita, tanto gusto de saludarla; Señor don Eugenio.

—REBECA.—(*Entra corriendo*). Me llamaban?

MARG.—Te esperaba.

REBECA.—(*Se ha detenido en el umbral de la puerta*) Un momentito. Perdón señores. Yá vuelvo. (*Sale*).

EUG.—Está terminando su lección.

PED.—Amigo, todos los quebrantos tienen sus compensaciones (*indicando a Margarita*). Este gran corazón de leal amiga me reconforta por Ud.

EUG.—En efecto Margarita ha cambiado su ida a misa por esta visita de caridad.

MARG.—No diga Ud. eso. Diga por una visita de actualidad.

JUAN.—Como que en el trayecto del Club acá, no menos de veinte personas nos han dado la noticia.

PEDRO.—Y es posible Eugenio cuanto se nos ha dicho?

JUAN.—No sólo la expatriación sino que también la confiscación de todos los bienes?

EUG.—Precisamente colega.

JUAN.—Su chica le daría a Ud. mi recado?

EUG.—Sí, muy agradecido.

PEDRO.—Pero Ud. esperaba una resolución semejante.

EUG.—Nunca tan grave. Hay ciertos derechos que son inviolables para toda constitución que se respeta.

JUAN.—Este solo hecho presagia días de amargura para su patria.

PEDRO.—Ya lo creo.

ESCENA VII

CARLOS, EUGENIO, PEDRO, JUAN, DIEGO, JOSÉ, ESTER Y
MARGARITA

DIEGO.—(*Entrando con Carlos*) Con permiso.

CARLOS.—Sigan Uds. (*Luego que entran se retira*).

EUGENIO.—(*Adelantándose hacia Diego*) Querido Ministro, me preparaba para ir a verlo (*Saludando a Ester y José*) Señora, José tan amables Uds.

DIEGO.—Margarita (*Saludándola*). La niña mimada, el quebradero de cabeza..

JOSE.—(*Saludándola*) Siempre buena moza.

PEDRO.—Y siempre buena amiga.

ESTER.—(*Besando a Marg.*) Creí encontrarte en la Iglesia.

MARG.—Qué quieres; primero es la amistad y después la devoción.

ESTER.—Viniste sola?

MARG.—Vine por Rebequita. Yo no sabía nada de esta catástrofe.

JOSE.—Y qué tal Eugenio?

EUG.—Muy abatido, amigos míos.

DIEGO.—Ya lo creo.

JUAN.—No sin razón.

EUG.—No supuse nunca que la depresión política de mi país llegara a extremos tan luctuosos. Siéntese aquí señor don Diego (*indicándole asiento de preferencia*).

DIEGO.—Mil gracias. Las señoras primero.

ESTER.—Yo nó, estoy de régimen.

MARG.—Yo sí, me interesa atender a la opinión de don Diego.

JOSE.—Entonces es efectivo todo lo que se dice?

EUG.—Vea Ud. (*Mostrándole el telegrama que lleva en el bolsillo*).

DIEGO.—Puede leerlo en alta voz?

EUG.—Naturalmente.

JOSE.—«Pongo en conocimiento de US. que el gobierno de facto ha acordado declarar propiedad fiscal todos los bienes

pertenecientes al ciudadano Eugenio Megía, hasta este momento ministro plenipotenciario de este país ante el gobierno de Chile, y declarada acéfala la legación de México en Santiago de Chile (*le devuelve el documento a Eugenio*).

PEDRO.—Parece increíble.

DIEGO.—Yo me temía por momentos que llegara esta situación. Desde que la fuerza de la opinión pública terminó con la vetusta política de don Porfirio Díaz y pasó la administración de México a Madero cuyo asesinato y el de eminentes hombres públicos manifestaron al mundo—según el decir de distinguidos ciudadanos—que los tribunales de esa nación se trocaban en inquisición, los jueces en verdugos y los magistrados en esclavos, yo comprendí que la suerte de esa República estaba sometida a pruebas supremas.

EUG.—Qué quiere Ud. Yo estaba obligado a confiar en la política de Carranza. Las páginas escritas por Huerta sobre la historia de México habían hecho palidecer de dolor y de vergüenza a todo mexicano si sobre ellos mismos no hubiese escrito Carranza una página de ejemplo, de fé o de gloria.

JUAN.—Pero posiblemente Carranza pudo haber obtenido la paz en un momento propicio.

EUG.—Nó, porque para Carranza sobre la paz y la tranquilidad transitoria de México estaban la ley y la honra de la República.

PEDRO.—La política militar de Huerta no podrá ser destruída?

EUG.—Por ahora creo que no porque tiene además el apoyo moral de toda la influencia insidiosa de Norte América, quien ha llegado hasta glorificar la personalidad de Pancho Villa, labriego traidor y salteador de caminos, menos responsable quizás que quienes lo aconsejan y lo mueven.

DIEGO.—Se agita Ud. con muchísima razón querido amigo. Los desengaños políticos levantan crueles tormentos en el espíritu,

JOSE.—En la natural depresión de su ánimo no debe Ud. pensar más en esa política a cuyo desgraciado final concurre también el de su situación diplomática y material.

DIEGO.—Efectivamente el deber de los amigos no es el de enconar la herida...

JUAN.—Por el contrario aquí estamos y seguiremos a su lado no para deliberar sobre el dardo lejano que viene a herirlo sino que para ayudarlo a abrir la nueva huella...

JOSÉ.—Exacto.

EUG.—¡La nueva huella!

DIEGO.—En esta su segunda patria; la de sus amigos de ahora y de siempre.

EUG.—Es verdad. Las únicas lágrimas que he derramado en mi vida—permítanme esta expansión—las he derramado en Chile... Ya hay gotas de mi alma enterradas en esta tierra!...

DIEGO.—(*Poniéndose de pié*) Fé amigo mío, fé en las reacciones y fé en la altura moral de sus principios de ciudadano. y de eaballero.

EUG.—Mil gracias, don Diego.

DIEGO.—Luego conversaremos (*ademán de retirarse*). Por ahora excúseme Ud.

EUG.—Si mis amigos me permiten una confianza yo seguiría con Ud. al Ministerio para terminar pronto...

JUAN.—Pero naturalmente, salgamos todos.

EUG.—Nó; tengan Uds. la amabilidad de esperarme. —Yo tardaré media hora solamente y desearía encontrarme con Uds. al volver a esta casa sin patria y sin fortuna.

MARG.—Pero ya lo creo Eugenio.

ESTER.—Por supuesto.

JUAN.—Naturalmente.

EUG.—El jardín está lleno de flores.—Vayan Uds.

ESTER.—Mil gracias.

DIEGO.—(*Retirándose*) Con permiso señores.

EUG.—Quedan Uds. en su casa. (*Toma algunos papeles del escritorio y sale.*)

PEDRO.—Hasta luego.

ESCENA VIII

PEDRO, JUAN, JOSÉ, ESTER, MARGARITA, luego REBECA, LUISA
Y RICARDO

ESTER.—No hay duda que este es un hombre interesante.

PEDRO.—Gran corazón.

MARG.—Y mucho talento.

JOSÉ.—Quedará con medios de subsistencia?

JUAN.—En todo caso muy limitados. Recibía su renta mensual y no era un avaro....

JOSÉ.—Ya lo creo.

JUAN.—Por el contrario. El cuerpo diplomático le debe atenciones infinitas.

MARG.—Que talvez ha llegado el momento de recompensar señor Ministro.

JUAN.—Es una idea. Acaso podríamos hacer algo.....

PEDRO.—Por su situación diplomática?

JUAN.—Nó; por su situación material.

JOSE.—Es escabroso discurrir el medio...

MARG.—Nunca faltan pretextos para llegar a un fin discreto y digno.

ESTER.—Naturalmente.

JUAN.—Sin embargo...

LUISA.—(*Entrando por la puerta del fondo que dá al jardín entra con Ricardo y desde el fondo se dirige a Margarita*)—Ah! niñita voluntariosa.—Aquí te encuentro.

MARG.—Mi mamá! Pero si se lo dejé dicho al salir.

JUAN.—No se enfade Ud. señora (*saludando*).

JOSÉ.—Cumple con una de las obras de misericordia (*saludando*).

PEDRO.—Consolar al affigido (*saludando*).

ESTER.—Viene Ud. bien acompañada.

RICARDO.—Gracias, señora.

MARG.—(*a Ricardo*) Vienes de misa?

RICARD.—De oirla por Ud.

LUISA.—Y Eugenio dónde está?

PEDRO.—Acaba de salir; vuelve pronto.

JUAN.—Ud. no le ha visto aún?

LUISA.—Parece que le ha ocurrido una desgracia muy grande verdad?

PEDRO.—Ud. no sabe? (*Se acerca a contarle*).

REBECA.—(*Entra corriendo*) Buenos días caballeros y señoras. Mi Papá me ha encargado al salir que les haga cariño.

JUAN.—Cómo está mi regalona!

ESTER.—Ola Rebequita! qué bien te sienta ese sombrero de primavera.

REB.—Quieren Uds. ver primavera?

JOSÉ.—Primavera eres tú.

REB.—Nó, las flores del jardín.—Vengan Uds. a ver que hermosas están.

PEDRO.—Pues ya lo creo. Vamos allá.

ESTER.—Vamos todos.

JUAN.—(*Invitándola a salir*) Señora Luisa... (*todos salen; Margarita y Ricardo se quedan atrás*).

JOSÉ.—No vienen Uds.? (*sale*).

MARG.—Sí; vamos Ricardo? (*á José*) Vaya Ud. adelante, Ricardo está triste.

RICARDO.—(*Queda solo con Margarita en la escena*). No estoy más triste que siempre. Hace diez años Margarita que soy su sombra y a mi me pisotea como se pisan las sombras.

MARG.—Qué he hecho yo?

RIC.—Lo de siempre. Sus independencias, sus errores, sus faltas de consideración.

MARG.—Eso es papá. Vas a retarme tu también?

RIC.—Pero Margarita. Hasta cuando por Dios?

MARG.—Te has vuelto loco? Reclamas acaso algún derecho?

RIC.—No sé.—Respiro por la herida; déjame siquiera respirar.

MARG.—Déjame en paz. No vienes al jardín?

ESCENA IX

ARTURO, MARGARITA, RICARDO

ARTURO.—Ola! qué es ésto? (*Ha entrado violentamente*). La indiscreción no ha sido mía. Carlos me ha indicado que puedo entrar.

MARG.—De todas maneras le parecerá muy mal a Ricardo. (*Muy coqueta*).

RIC.—(*Sorprendido*) A mí?

ART.—Es posible Ricardo?

RIC.—Cosas de Margarita.

ART.—Tambien coquetea Ud. con Ricardo?

MARG.—Yo coqueteo con todos los hombres aprovechando que todos los hombres son tontos.

RIC.—Yo iba en retirada; sigan Uds. Hasta luego Arturo y Margarita.

MARG.—Te vas enojado?

RIC.—Le importa a Ud. mucho verdad? (*sale*).

ART.—(*Despues que ha salido Ricardo*) Está Ud. sola en esta casa?

MARG.—Ya lo ve Ud.

ART.—Ha sabido la desgracia de Eugenio y seguramente Ud. como yo, ha venido a consolarlo.

MARG.—Pues...

ART.—Está Ud. embromando?

MARG.—Como siempre.

ART.—Vea Ud. y yo haciendo malos juicios.

MARG.—Como siempre.

ART.—Es que Ud. es un ser imposible, un ser desesperante.

MARG.—Así...?

ART.—Porqué me engañó Ud.?

MARG.—Muy mal hecho verdad?

ART.—Oh, ya lo creo! (*muy agitado*). ¡Comprendo la figura perfectamente! Me dice que la espere y la espere en coche para que así la espere cómodamente.

MARG.—Me esperó?

ART.—La esperé por supuesto, tranquilamente hasta que pasó el día y llegó la noche y como no ha llegado. ¡Comprendo la figura perfectamente! Me ha concedido al menos prudentemente que la espere sentado.

MARG.—Vamos, vamos, vamos! Ud. está loco rematado.

ART.—Y a quien no vuelve Ud. loco, criatura por Dios?

MARG.—Tiene Ud. mucha razón. Quiere Ud. saber más? Pues hoy me han castigado. Me ha castigado la conciencia y me ha hecho llorar. Estoy arrepentida, sinceramente arrepentida y Ud. que es un buen amigo me va a perdonar.

ART.—A una condición.

MARG.—La cual?

ART.—Que venga Ud. mañana.

MARG.—Pero nó; le estoy diciendo que he llorado de arrepentimiento, lloré porque me dió pena de mi misma.

ART.—Y todas mis ilusiones, todas las esperanzas que me ha despertado Ud. trastornando así mis rumbos y mi vida van a ir al vacío?

MARG.—Mas alto amigo mío. Al perdón. Había entrado por un camino agradable pero indiscutiblemente muy peligroso. He vuelto atrás en buena hora; un buen caballero perdona, un buen amigo olvida. Hay hombres querido Arturo con los cuales no se puede ser coqueta; y esta frase guárdela Ud. como la única explicación que pueda yo darle.

ART.—Me desconcierta Margarita. Yo he confiado en que sus coqueterías no eran simplemente coqueterías pues algo más significan las promesas y significa un beso de una mujer a quien se ama y que es señora...

MARG.—Tiene Ud. mucha razón y aún derecho para humillarme con tales testimonios.

ART.—Pero alguna causa precisa y poderosa ha tenido que intervenir.

MARG.—En todo caso la causa es mía.

ART.—Pero Ud. me concede un derecho.

MARG.—Que ahora lo niego.

ART.—Es su coquetería ingénua y dañina la que me ha invitado... Son sus ojos de seda, negros como un misterio, bri-

llantes y profundos, son sus labios rojos abiertos para ceder como el cáliz de una amapola para envenenar.

MARG.—Basta Arturo. Puede a Ud. el despecho aconsejarlo mal; siempre es él un mal consejero, pero mi deber me ha llamado y voy tras él.

ART.—Perdón Margarita. Es la ofuscación de mi amor lo que me ciega ante Ud.

Piense mejor, deme un plazo, dígame que sí para alguna vez...

MARG.—Nó, nunca.

ART.—Pero me niega Ud. toda razón?

MARG.—Vamos! No es acaso bastante claro decir porque no puedo, porque no debo?

ART.—(*Suplicándole*) Margarita! Dentro de algún tiempo, por caridad.

MARG.—Jamás.

ART.—Y sin motivo?

MARG.—(*Exasperada*) El único: porque no quiero, no quiero.

ART.—No quiere? [veremos!]. (*Toma su sombrero y sale violentamente*).

MARG.—(*Después que él ha salido*). Justo castigo! Lo merezco.

ESCENA X

MARGARITA Y REBECA

REBECA.—Por qué no vienes Margarita?

MARG.—Estoy cansada, prefiero...

REB.—Yo también. Toda esa gente es muy buena, muy amable pero yo prefiero estar contigo.

MARG.—(*Acariciándola*) Ven acá, querida.

REB.—Tu eres más buena que nadie. Tu nos quieres como si fueras de la misma familia.

MARG.—Es verdad.

REB.—Yo no extraño a mi madre por tí; eres nuestra como una hermana mayor, como una madre... y quien sabe si después de todo esto tu también cambiarás y quedaremos solas. Dicen que la pobreza se parece a las enfermedades infecciosas.

MARG.—Todos arrancan de ellos.

REB.—Tu también serás así?

MARG.—Yo nó, yo soy distinta.

REB.—(*Infantilmente*). Es cierto. Y por qué eres tan distinta con nosotras a todos los demás?

MARG.—Porque los quiero deveras.

REB.—Si Dios se llevara a mamá que está tan enferma en Suiza, te casarías con Papá?

MARG.—Que cosas dices criatura.

REB.—No lo harías? Mi Papá te quiere tanto. Si tu supieras cuánto se preocupa de tí! La niña más bonita, Margarita; la más buena Margarita; la más hábil Margarita, siempre Margarita. Una noche después de comer se quedó dormido sobre ese divan. Guillermo y yo estábamos por acá sacando solitarios; de pronto empezó a murmurar en alta voz y nosotros lo escuchamos sin despertarlo hasta que agitado por su pesadilla exclamó: ¡No por Dios, no te vayas Margarita, Margarita!!

MARG.—Es posible.

REB.—Entonces Guillermo, quizás con celos de tí se enojó con Papá.

MARG.—Si?...

REB.—Tonterías de Guillermo. ¡Cómo si los sueños fueran intérpretes del corazón! verdad que nó Margarita?

MARG.—Ya lo creo que nó.

REB.—Pero verdad que Papá no está enamorado de tí?

MARG.—Estás loca criatura. ¿Ignoras que un hombre casado no puede enamorarse de una mujer soltera?

REB.—Y si se enamora?

MARG.—Peor para él; pues, se calla.

REB.—Pobre Papá, tan solo que vive. Yo no sé entretenerle. Y ahora tanto más solos que estaremos.

MARG.—Tienes que ser muy buena con él.

REB.—Y tu también Margarita. Vendrás a casa todos los días, saldremos juntas y tu lo animarás no es cierto?

MARG.—Siempre que pueda. Mamá es tan odiosa.

REB.—Pero ahora te quedas a almorzar. Pobrecito!

MARG.—Pídeselo tú a mamá.

REB.—Aquí vienen. Como nó.

ESCENA XI

PEDRO, JUAN, JOSÉ. ESTER, MARGARITA, LUISA, REBECA, luego
GUILLERMO, CARLOS y EUGENIO

PEDRO.—(*Entrando*). Muy bien, muy bien señorita dueña de casa.

JOSÉ.—Así nos abandona Ud?

REB.—Es que Margarita estaba sola, vine por ella.

MARG.—(*a Luisa*). Viste el cenador de clematides mamá?

LUISA.—Magnífico verdad? Ahí me estuvo galanteando don Pedro. Si pudiera Ud. pedir algo qué pediría? me dijo.

JUAN.—Vamos a ver qué pidió Ud?

PEDRO.—Que Ud. tuviera treinta años menos y estuviésemos aquí mismo me contestó.

VARIOS.—Ja ja ja!

MARG.—De modo que los jovencitos, muy bien, muy bien.

LUISA.—Es entendido que yo también me tendría que bajar algunos meses.

MARG.—Meses ha dicho.

PEDRO.—Pues ya lo creo.

VARIOS.—Ja, ja, ja!

LUISA.—Basta de bromas, nos iremos hijita, van a ser las doce.

REB.—Cómo, y no esperan a Papá? Sí misiá Luisa, deje que Margarita se quede a almorzar con nosotros.

JOSÉ.—Tenemos que esperar a Eugenio, es lo convenido.

ESTER.—Sí señora, tenga Ud. tranquilidad.

JUAN.—Ya vendrá, ya vendrá.

ESTER.—Y llegará triste.

JUAN.—El fin de la gloria siempre es triste.

MARG.—Qué importa la gloria que se pierde ¿Acaso no basta con haberla merecido?

PEDRO.—Muy bien. Eso es.

JOSÉ.—La gloria es un bien reservado a los de la gran minoría.

ESTER.—Para muchos no es siquiera comprensible tal ambición.

PEDRO.—Ya lo creo, como que el arte (*con ironía*) es una degeneración del sentido práctico.

REB.—Lo dice Ud. en serio don Pedro?

VARIOS.—Ja, ja ja!

LUISA.—Vé Ud. como hacen daño sus lecciones.

EUG.—(*Entra con Carlos y todos lo rodean al entrar*). Bravo! Aún hay alegría en mi casa!

Bromas de don Pedro. Y qué tal querido amigo. (*Saludándolo*).

EUG.—Muy amable su Excelencia y los señores Ministros. Muy cariñosos mis amigos de Chile; todos al pasar me manifestaban sus simpatías y su amistad. Me despedí oficialmente de mi carácter diplomático y ahora estoy con vosotros como un simple civil, seguramente el más modesto de cuantos estrechan vuestras manos. Los días de triunfo ya han pasado.

PEDRO.—Pero volverán.

EUG.—Por qué nó. Hay aún juventud y patriotismo, por qué no han de volver?

JOSÉ.—Las revoluciones no son obras de la conciencia, son obras de la pasión y la pasión tiene siempre reacciones.

LUISA.—Espere Ud. tranquilo Eugenio. Cuando en Chile la revolución del 91 separó a todas las familias yo tenía un hermano revolucionario. Discutíamos con él una tarde sobre la prisión arbitraria de un caballero a quien so pretesto de una falta disciplinaria, quería uno de los personajes del Gobierno castigarle una falta de conciencia, una impudicia; (*acercándosele confidencialmente*) tenía este caballero casado, mire Ud. que pícaro, relaciones con una hija de familia. Mi hermano sostenía que tal pena era una infamia del Gobierno. Por mi parte yo le llevaba la contraria con tan buenas razones que él no encontrando otro argumento más a mano me lanzó sobre una pila de agua helada—imagínese Ud. a mí, a una señora de esa época darle un baño—pues desde entonces no he aliviado más del reumatismo.

EUG.—Y su hermano?

LUISA.—Oh, tan amigos. El mismo me acompaña todos los años a los baños de Cauquenes.

PEDRO.—Exacto. Es así como son los choques en épocas de agitaciones políticas.

EUG.—Quiera Dios.

LUISA.—Quede Ud. tranquilo. Los chilenos son buenos amigos; donde quiera que Ud. vaya estarán con Ud.

JUAN.—Su casa se derrumba pero la nuestra queda en pié con sus puertas abiertas para Ud. y su familia.

JOSÉ.—Por de pronto yo me permito invitarlos a pasar el mes próximo en mi casa de campo.

ESTER.—Ya lo creo. Vendrás Rebeca. También vendrá Margarita.

EUG.—Mil gracias amigos. Aún no podemos saber si podremos darnos esos agrados. Primero hay que saber como se presenta la nueva vida.

LUISA.—Se quedará Ud. en Santiago?

EUG.—Nada he resuelto todavía. Espero reunirme con mis hijos para conversar con ellos, liquidar asuntos pendientes, ordenar papeles, mil cosas...

PEDRO.—Su hijo Guillermo aun ignora?...

EUG.—No sabe nada. (*Dirigiéndose a Carlos*) Dígame Carlos telefoneó Ud. esta mañana a la Escuela Militar?

CARLOS.—Si señor, hablé personalmente con Guillermo y me dijo que vendría a almorzar con Ud.

ESTER.—Pobre muchacho.

MARG.—El golpe para él será atroz.

EUG.—Tiene un gran sentimiento patrio.

LUISA.—Recíbalo Ud. tranquilo e imprímale su resignación y su valentía (*despidiéndose*) Hasta muy pronto.

EUG.—Cómo, se van Uds., se van todos?

REB.—El aperitivo está servido a la sombra del castaño.

EUG.—Eso es; vamos allá (*todos se ponen en movimiento*).

JOSÉ.—Pasen Uds.

(*En el momento en que van saliendo aparece Guillermo por una de las puertas del lateral contrario*)

CARLOS.—(*al ver a Guillermo*) Guillermo! Has entrado por el garage?

(*Todos vuelven a la escena. Guillermo vestido con traje de ca-*

dete de la Escuela Militar, lleva una gran bandera de México en la mano).

GUILL.—Sí. *(saludando con la cabeza militarmente)* Buenos días Papá, señoras, señores. Ví al entrar que habían olvidado poner la bandera en este día. ¿Es posible Papá? y volé a buscarla. Voy allá, ya vuelvo, un momento señores *(pretende seguir y Eugenio lo detiene)*.

EUG.—Nó, espera hijo mío.

GUILL.—Papá! qué es eso? tú?...

EUG.—Deja esa bandera; ya no tienes patria.

GUILL.—Cómo, y México?

EUG.—No es la patria de sus hijos, es la patria de sus usurpadores.

GUILL.—Mi México!!

EUG.—Lee *(pasándole la destitución)*.

GUILL.—*(La lee con avidez, todos callan religiosamente y cuando termina sume la cabeza en la bandera sollozando y cae el telon lentamente; a lo léjos se oyen de un organillo callejero los acordes de la Marsellesa)*.

Fin del Primer Acto

ACTO SEGUNDO

La escena representa una terraza comunicada con decoración que figura un parque de lujo. A uno de los costados da la casa de habitación, estilo español antiguo; al contrario bastidores con plantas y flores. Sillas, sofaes y mesas de paja.

ESCENA PRIMERA

REBECA, ESTER, CARLOS

REBECA.—*(aparece en escena bordando, después de un momento entra Carlos por el fondo)*.—Por fin llega Ud.

CARL.—Tardé mucho?

REB.—Encontró caja de inyecciones?

CARL.—En casa del cura.

REB.—Ah pueblo miserable! (*Dejando el bordado toma el paquete i luego sale*).

CARL.—Se ha ido el doctor?

REB. (*desde la puerta*).—Aún nó. (*Sale*).

ESTER (*entra por el fondo*).—Qué rápido. En media hora ha ido y vuelto del pueblo.

CARL.—Magníficos los alazanes. Y don Eugenio cómo va?

EST.—Sin novedad. Ha sido un ligero ataque ocasionado por el mundo de preocupaciones que deben agitar su espíritu. Le había notado Ud. algo últimamente?

CARL.—Absolutamente; por el contrario. Cuando recibió la invitación de Uds. a pasar unos días de campo estuvo muy contento. Yo me resistía a aceptar su amable llamado, porque pensando que también estaba acá Margarita, podría un huésped más ser demasiado...

EST.—No faltaba más. Estas casas, las casas antiguas de los campos son como conventos adonde cabe una comunidad entera. Un lego mas...

CARL.—Mil gracias. Pues así, don Eugenio estaba muy bien. Ya había terminado de instalar su modesta oficina comercial.

EST.—Ud. va a trabajar con él.

CARL.—A servirlo en cuanto pueda, tengo para con él una gratitud sincera, pero naturalmente yo sigo desempeñando mi puesto de secretario.

EST.—La revolución de su país no lo afecta.

CARL.—A las hormigas no las aplastan los pedestales que se derrumban.

EST.—Qué modestia!

CARL.—Es la verdad.

EST.—Muchas visitas tendrá siempre Eugenio en su casa.

CARL.—Cada día menos.

EST.—La ley de la vida! Pero Ud. siempre constante?

CARL.—Por comodidad señora. La deslealtad mas que un defecto es un gran error, y como la vida debe administrarse

antes que nada con filosofía, yo procuro equivocarme lo menos posible.

EST.—Cómo así?

CARL.—Creo que los hombres han hecho de la vida una jaula a donde están todos encerrados mostrándose los dientes los unos a los otros. La mueca con que se muestran los dientes a veces se llama sonrisa y a veces se llama amenaza, pero en el fondo hay una sola intención: la de destruirse entre sí. Cuando uno cae ¡ay de él! Cuando se alza muy alto, las fieras de la jaula rugen...

EST.—Es una teoría!

CARL.—Yo estoy fuera de la jaula. No tengo un solo enemigo ni tampoco un amigo. A nadie quiero darle el trabajo de odiarme ni de quererme.

EST.—Sin embargo en la familia de Eugenio le estiman a Ud. mucho.

CARL.—Porque los sirvo y los sirvo porque me conviene.

EST.—No cree Ud. que los encantos de Rebequita contribuyen a sus servicios?...

CARL.—Y a mí qué me importan los encantos ajenos. Si fuera una muchacha que tuviese una fortuna en su mano.

EST.—Así?...

CARL.—Naturalmente.

EST.—De modo que un flirt?

CARL.—Jamás señora. Para qué?

EST.—Para amar después.

CARL.—A mí me gusta el trabajo para acumular mucho dinero; he elegido la carrera diplomática porque es la carrera mas corta para ocupar una situación espectable y barata; vivo en las sanas costumbres porque ellas son económicas y saludables.

EST.—Pero Ud. es un fenómeno.

CARL.—Son estos los ejemplos que he recibido de mis antepasados y debido a ello hay en casa de mis padres mucha salud, mucho dinero y una situación política que es un verdadero prodigio de equilibrio.

EST.—Pero Ud. jamás conocerá la intensidad de la vida, sus pasiones, sus zozobras...

CARL.—Hay en la vida señora, una especie aparte de personas que yo llamo los grandes indiscretos. Son los poetas, los novelistas y los dramaturgos. Ellos cuentan a todo el mundo todo lo que han vivido y lo que desearían vivir, y si Ud. observa como yo, verá que todos los personajes de esos libros envidiarían mi suerte.

EST.—Qué llama Ud. su suerte?

CARL.—Mi orden, la limitación de mis ambiciones, mi temperamento tranquilo y juicioso.

EST.—Ud. es un hombre extraordinario.

CARL.—No tanto; soy un perfecto equilibrado, y si Ud. sondea bien ese terreno crea que él la colocará siempre en una situación confortable. Es verdad que nadie se morirá por mí, menos mal. Pero también es evidente que yo tampoco me moriré por nadie.

ESTER.—Pero su abnegación para con esa familia es real.

CARLOS.—Y porqué no había de serlo? Esta es una familia de gran expectación y mi sinceridad será siempre favorablemente comentada.

ESTER.—Había oído hablar de la existencia de hombres como Ud. y no lo creía.

CARLOS.—Es Ud. muy inocente señora. A mi causa pertenecerá un cincuenta por ciento del total.

ESTER.—Está Ud. loco?

CARLOS.—No todos hablan, yo tampoco hablo; esta es una confidencia.....

ESTER.— (*meditando*) Egoísta?... sin serlo Abnegado?... sin serlo. Bueno?... sin duda, Inteligente?... Tal vez. Hombre?

CARLOS.—Porqué nó?

ESTER.—Es Ud. indulgente?

CARLOS.—Dejar de serlo es un error. Las faltas de los de arriba son gradas por donde suben los que están abajo.

ESTER.— (*ofuscada*) Vamos, no me confunda Ud. — Ud. es un fenómeno. Ud. es un bulto, no es un hombre.

ESCENA II

REBECA, ESTER, CARLOS, JOSÉ, DOCTOR.

REBECA.—(*saliendo de la casa con el doctor y José*). Por aquí doctor.

ESTER.—Y qué tal—Cómo sigue el enfermo?

JOSÉ.—Ya está muy bien.

DOCTOR.—Es mucho mas la consecuencia de un sufrimiento moral que el daño de algún órgano.

ESTER.—(*á Carlos*) Eugenio no es de los suyos.

CARLOS.—Desgraciadamente para él.

REB.—Por acá doctor.

DOCTOR.—Con permiso señores (*despidiéndose*).

ESTER.—Volverá Ud. esta tarde?

DOCTOR.—No lo creo necesario. Por otra parte el enfermo me ha manifestado que regresará esta tarde a Santiago.

JOSE.—A Santiago?

DOCTOR.—Así me lo ha dicho (*sale con Rebeca por el fondo*).

ESTER.—Pero qué absurdo.—¿Cómo han de irse cuando han llegado ayer solamente.

JOSE.—Yo iré hablar con él; no es posible.

REBECA.—(*entrando por el fondo*) Dijo que se iba a levantar para venir enseguida.

ESTER.—Le oíste algo de viaje?

REB.—Nada. Cosas talvez que le ha dicho al doctor.

JOSE.—(*a Rebeca*) Ya está tranquila la regalona.

REB.—Si gracias; me asusté mucho.

JOSE.—Quieres entretanto venir a dar una vuelta con nosotros en carruaje?

REB.—Encantada. Iremos por ese potrero de los sauces que divisamos ayer?

JOSE.—(*saliendo*) Sí, vamos por ahí. Faltaba mas que pensaran en irse tan pronto!

REB.—Qué pena verdad?

ESTER.—Pero no será. Vamos Carlos?

CARLOS.—Con mucho gusto.

JOSE.—Y Margarita no desearía venir?

ESTER.—Nó; me dijo hace un momento que la dejara en libertad; estaba escribiendo en el Kiosko del frente.

JOSE.—Pues entonces, andando (*salen todos*)

ESCENA III

EUGENIO, MARÍA, LUEGO MARGARITA

EUG.—(*demacrado en actitud de enfermo sale de la casa lentamente*) Aire puro! luz del sol.....en fin (*Maria viene del fondo del Jardin con un ramo de flores*) Qué hermosas flores traes. Acércate acá muchacha.

De donde traes ese puñado de amores?

MARIA.—Del cerro, caballero. Las traigo para las visitas de mi patron.

EUG.—Tantas!...

MARIA.—Para tanto bueno, caballero.

EUG.—Hay muchas en el cerro verdad?

MARIA.—Para muchos ramos igual a este.

EUG.—Voy allá. No está muy lejos?

MARIA.—No señor. Por ahí por ese camino va Ud. muy bien. Cuando llegue al estero tome la senda de la derecha. Ahi estaba sentada la señorita Margarita y ella puede indicarle...

EUG.—Margarita estaba ahí?

MARIA.—Me dió pena mirarla; debe haber recibido malas noticias de la ciudad, porque ella, que es mas alegre que un acordeón, ni me dió la mirada...

EUG.—Por ahí, no?

MARIA.—Por ese camino si, señor (*se retira*).

EUG.—(*dá unos pasos y vuelve*) Nó; con qué fin (*cuando él vuelve, Margarita aparece en el fondo*).

MARG.—Estás mejor Eugenio?

EUG.—(*sorprendido y luego incierto*). Si gracias, ya estoy bien.—Vienes del cerro?

MARG.—(*sentándose lánguidamente*) Muy cansada. Vengo de pedirle a la naturaleza un consejo.

EUG.—A la sabia naturaleza! (*intentando seguir*) Yo también iba a andar.

MARG.—No tengas miedo que hablemos; quieres quedarte? Estamos solos. Todos han ido de paseo. Los ví pasar desde la falda del cerro.

EUG.—Tienes algo que agregarme?

MARG.—Mucho. No dormí anoche; vengo ahora de vagar y me detuve en el estero a mirar como se azotan las aguas entre sí, tal como se azotan contra mis pensamientos el dolor y el remordimiento.

EUG.—Quieres que hablemos de otra cosa?

MARG.—Imposible! De qué podríamos hablar nosotros.

EUG.—Palabras! Ya es tarde. Qué pueden decirnos las palabras!

MARG.—El perdón es una sola palabra y a ella se confía la redención de toda la humanidad, con que ya tu ves si tiene importancia una palabra.

EUG.—Hasta ayer Margarita, mi vida entera — 45 años — estaba concentrada en el tiempo que había vivido a tu lado... Desde ayer.....¿ves tu un incendio que consume el hogar de muchas generaciones? Pues ayer ardió mi memoria y no quedan de mi vida sino cenizas.

MARG.—Eugenio! (*implorante*).

EUG.—Me cuesta tanto decirlo!

(*La parte que sigue de esta escena se confía especialmente a los artistas; ellos deben percibir todas las tonalidades de sentimiento, de encono, de celos y de pasión que comprende*).

MARG.—Y el pasado?

EUG.—Nada.

MARG.—Y el presente?

EUG.—Un abismo.

MARG.—Y después?...

EUG.—Oh. Quién lo sabe! Tu me has dicho que en los hombres bien nacidos hay un resfuerzo de coraje que rehace toda vida! Por ahora nó; no puedo aún, pero déjame esperar.

MARG.—Ya lo sabes; te lo he confesado todo con el heroísmo de mi conciencia honrada para que me juzgues y me humilles y me injuries como lo hiciste ayer.....tienes derecho.

EUG.—Escúsame.

MARG.—Pero por fin para que me perdones; considera que vale algo un remordimiento tan sincero y tan honrado.

EUG.—No basta. Crees posible que un hombre perdona a un ser tan querido como tu lo eras para mí, después de haberte declarado traidora del tesoro de amor que deposité en tu confianza, en tu prestigio, en tu buen nombre, en tu raza, en tu alma?...

MARG.—Escúchame.

EUG.—(*con mucha intensidad*) Nó, no puedes creerlo porque no puedes negarme que te he amado con todo el sentimiento de una vida, mucho mas de lo que he podido decirte, porque lo que se dice del amor tiene su límite y cuanto se siente vá al espacio infinito en el vuelo de las almas.

MARG.—Si lo creo, por eso te imploro—Me siento tan humillada, tan inesplicable ha sido mi delito que despojada de toda razón no me queda sino la esperanza de tu nobleza.

EUG.—Imposible! Creí haberte unido a mí con un lazo que ningún ser humano podría destruir.

MARG.—Y qué! Crees acaso que porque fuí traicionada por mi coquetería, sí, por mi maldita, por mi repugnante coquetería que ofuscó mi voluntad en un momento, crees acaso que he dejado de amarte?

EUG.—Peor—Te has entregado a él sin amarle.

MARG.—Nó, eso nó. Ya lo sabes; yo no miento.

EUG.—Moralmente es igual.

MARG.—Tienes razón, pero ahora he abierto los ojos y lo detesto—Hacia muchos años que Arturo me perseguía. Perdóname que te lo diga pero necesito explicarme. Yo jugaba con él una fea partida de entretenimiento sin meditar jamás en sus consecuencias. Lo rechacé cien veces, y cien veces volvió hácia mí con igual solicitud y ternura. No pude despedirlo definitivamente porque no reconocí el peligro y seguí—; Eugenio!—hasta ese día en que todo contribuyó a mi pecado: La luna, el perfume del ambiente, la musica a lo lejos; solos, solos, no llegaste tu a mi recuerdo...

EUG.—Horror! Sola dices. Y el último día en que nos vimos, recuerdas? Si un océano hubiera sido mi corazón te ha-

brías ahogado en mis lágrimas de despedida. Solo estaba yo, pero estaba contigo en la memoria, en el corazón, en todo mi ser; mientras que tu estabas sola, sola dices porque no tenías mis ojos sobre los tuyos y mis manos para detenerte... infame!

MARG.—Sufro tanto te lo juro. Tu eres el único, el amor inmenso de mi vida.

EUG.—Y te imaginas que yo sufro por otra causa? ¿Crees que yo pagaría por una aventura una lágrima?

Nó! Tanta pena vale tanto cariño!

MARG.—Pero Eugenio, ya lo sabes todo. Eres mi dueño, *el único dueño mío*, el dueño de mi corazón y de mi conciencia, no puedo darte más, no tengo mas que darte. Pido en cambio tu indulgencia, tu compasión. Te juro, te juro mil veces!...

EUG.—Tus promesas!

MARG.—Ya te lo he dicho. No ha sido la falta de tu amor lo que me haya impulsado, ha sido la ausencia de tu amor en un momento en que las armas de mi propia coquetería se volvieron contra mí para vencerme. Sé comprender mi falta. La expiación que merece, debes comprender muy bien que sé afrontarla, desde el momento en que pude callarme y hablé, pude engañarte y me delaté a mi misma para sufrir con la verdad lo que mi infame verdad merecía. Dí. ¿Puedo honradamente hacer mas para merecer tu perdon?

EUG.—¡Tus verdades!

MARG.—¿Crees algo más?

EUG.—¡Es bastante con lo que te he oído!... Y qué bonita estás!... Cuántas lágrimas de cuantos hombres tendrán que rodar sobre tus faldas y humedecer tus labios rojos.

MARG.—Nó. No te permito que me afrentes. Si tuve la flaqueza de pertenecerte y la humillante realidad de traicionarte en la forma que ya te lo he explicado, eso no te autoriza para que me manches. Decir la verdad, saber y desear sufrir como yo lo he hecho por tí y ante tí siempre es respetable... No tienes derecho...

EUG.—(*Con sorna*). De manera que después de mí la vida solitaria, la vida conventual del campo lejano, con tu madre, tus gallinas... ¿Verdad que esa será tu vida?

MARG.—¡Eugenio! No me expongas así. ¡Ten conciencia!

EUG.—¿Conciencia has dicho? ¿Desde cuando la tienes?

MARG.—(*Exaltada*). Desde hoy si tu quieres. Desde ayer; desde que te confesé mi falta.

EUG.—A la grandeza de Dios, hija mía, basta una confesión; a la imperfección de los hombres una confesión es una gota de veneno que va minando la vida.

MARG.—Pero tú no eres vulgar, tú no eres como todos los hombres. Te he querido tanto porque eres más alto, más noble, más puro que los demás.

EUG.—Sin embargo, la gota de veneno va circulando!...

MARG.—(*Apasionadamente*). Yo trataré de eliminarla. Tú beberás mis lágrimas de dolor y de vergüenza para diluir en ellas la gota envenenada. Vas a perdonarme porque eres bueno, porque te he dado todo lo que tengo, amor inmenso, amor de mi vida!

EUG.—¡Qué bonita eres cuando lloras! Cuando ruegues a Dios, Dios va a escucharte.

MARG.—Qué sería de mí sin tí, piénsalo. ¡Eugenio! piénsalo; yo no podría vivir así...

EUG.—Y yo que puedo hacer. Si ya no soy nadie Margarita.

MARG.—Me tienes a mí toda tuya para siempre. Vamos, no seas tan duro! Si tu alma ha sido siempre sencible como el alma de un niño, por qué te finges tan terco? Mírame, si soy tuya, tuya sola amor mío!

EUG.—¡Mía! Talvez tu voluntad criatura, pero tú alma no entrará más en la mía.

MARG.—(*Con mucha seducción*). No me lo digas; eso tu no lo puedes saber... Yo sé abrir las puertas que están cerradas para mí; sé ablandar los corazones que enmudecen y traer la sonrisa a los labios que están amargos por la gota del veneno.

EUG.—¡Margarita!

MARG.—Yo he vivido la vida del jardín de los ensueños y sé elegir el perfume que anestecia el dolor de las almas. ¡Mírame Eugenio! (*Acariciándolo*).

EUG.—¡Margarita!

MARG.—¡Si no tienes motivo amor mío!

EUG.—Déjame.

MARG.—¡Cómo! Y también Eugenio, también sabré olvidarme de tí si me rechazas.

EUG.—No me ofusques Margarita porque vas a matarme.

MARG.—(*Regalona y confiada en su éxito*). Qué derecho tienes para maltratarme así! ¡No tienes corazón Eugenio! Te ofrezco todo lo que soy, porque todo lo que tengo ya te lo he dado, y qué te pido en cambio? Te pido la caridad de tu cariño, las congojas de tu alma para llevarlas conmigo... ¿No ves? ¿No estás viendo que la pena que tu sufres yo la sufro mucho más?

EUG.—(*Vencido por la pasión*). ¡Eres cruel Margarita! (*Acariciándola*). Porque eres hermosa como un rayo de sol tendido sobre la nieve de una montaña helada; porque eres fuerte como él para derretir la nieve y hacer la tierra nuevamente... Porque las voces de tu garganta son voces divinas que levantan muertos! ¡Porque lloras como lloran las violetas el rocío matinal, tan modesta, tan humilde, tan ideal!... Porque eres diosa, porque eres mágica, por eso crees que debo, que puedo volver a amarte como te he amado tanto?...

MARG.—¡Si para siempre mi vida, mi amor!

EUG.—(*Reaccionando*). Nó... no puede ser!.... (*Desesperado*). ¡Por qué has hecho eso Margarita! ¡Dime que es mentira!...

MARG.—¡Ten corazón Eugenio!

EUG.—Nó, no es mi vida la que te niego. Es mi honor, es la sangre de mis venas, es el misterio de los celos que me ahogan y me ofuscan, es la pasión que me inspiras, es el dolor que me abruma. ¡Es lo irremediable Margarita! (*Deja caer la cabeza sobre sus dos manos en actitud desesperada*).

MARG.—(*Sacudiéndolo*). ¡Jamás! Y si así lo desides, pese sobre tí mi porvenir. Piensa que eres el autor de esa página negra, que constituye toda la vida de una mujer. ¡Eugenio! aún es tiempo. Ya vienen. ¿Nos veremos en Santiago?

EUG.—Nó.

MARG.—¿Es la última palabra? Dí. ¿Nos veremos en Santiago?

EUG.—¡Sí!

MARG.—Gracias amor. Amor mío.

ESCENA IV

REBECA, ESTER, CARLOS, JOSÉ, MARGARITA, EUGENIO

JOSE.—Hola, qué bien Eugenio. Ya está Ud. bueno y sano.

REB.—¿Te sientes bien papacito?

EUG.—Perfectamente.

REB.—Hemos hecho un paseo delicioso.

ESTER.—Fuimos hasta las cascadas del estero.

CARLOS.—Magnífico paisaje.

ESTER.—¿Te acuerdas Margarita allá en el interior del bosque de los lingues?

MARG.—Sí, muy hermoso.

ESTER.—Y que tal Eugenio.

EUG.—Bien, muy bien.

ESTER.—¿Ya que se han disipado las melancolías espero que habrá cambiado su resolución de regresar hoy a Santiago?

EUG.—No es a causa de mi salud que resolví nuestro regreso.... Mis trabajos. No tengo tiempo por ahora de darme estos agrados.

REB.—¿Nos vamos hoy?

EUG.—Si hijita, desgraciadamente.

REB.—¿A qué horas hay que partir?

JOSE.—Si insisten Uds.—yo lo siento deveras, casi no me lo explico—hay que salir de acá a las 17½.

ESTER.—Pero volverán Eugenio.

EUG.—Muchas gracias; cuando sea posible, ya lo creo.

ESTER.—¡Volveremos a quedarnos solos!

JOSE.—¿Como y Margarita? y Carlos y Arturo que deben llegar esta tarde?

EUG.—(*Al oír el nombre de Arturo se electriza*). Cómo, ¿Arturo llega esta tarde?

JOSE.—¿No fué eso lo que dijo al despedirse anteayer?

ESTER.—Pero naturalmente ¿qué más iba a resistir? (*Aludiendo a Margarita*).

REB.—¿Cómo tu Margarita tienes un novio y no me lo has contado?

MARG.—Nada criatura. El hombre que más detesto sobre la tierra.

ESTER.—Mal agradecida; ¿y los paseitos a la luz de la luna, ya no te acuerdas?

MARG.—(*Con mal modo*). No me acuerdo.

EST.—¿Y te enojas?

MARG.—Ya lo creo que me disgusto; y si es verdad que viene esta tarde.....

JOSE.—Viene con su hermano de Ud.

MARG.—Pues, mayor razón. De la estación me vuelvo con él y con Eugenio a Santiago.

REB.—Qué bueno, te vienes con nosotros.

JOSE.—¿Pero qué ha ocurrido entre Uds? Nadie sospechaba esta tragedia.

MARG.—Cosas mias José, y le digo seriamente que si no es posible evitar que venga Arturo, Uds. me disculparán, pero yo me voy esta tarde,

JOSE.—La elección no es muy difícil; entre que Ud. se quede y Arturo no venga, preferible es lo último.

MARG.—Telefonéele Ud.

JOSE.—Inmediatamente (*sale*).

CARLOS.—Es Ud. (*a Margarita*) de un carácter implacable.

MARG.—Para con mis amigos y mis enemigos.

ESTER.—¿Tu enemigo Arturo?

MARG.—(*Con energía*). Enemigo de mi conciencia ya lo sabes—que es lo peor de todo.

ESTER.—No insisto, tendrás razón... Y Ud. Carlos también nos abandona?

CARLOS.—Yo recibo órdenes; primero de Ud., después de don Eugenio: he venido con él.

ESTER.—Prefiere Ud. irse?

CARLOS.—Hoy nó, si Uds. me lo permiten. Mañana con Margarita y su hermano.

REB.—Pues entonces, no hay más remedio; me voy a arreglar las maletas y a despedirme de los caballos, los perros y las gallinas.

ESTER.—Voy contigo para ordenar que les arreglen un lindo ramo de flores y algunas frutas del huerto.

EUG.—Va Ud. a molestar a Ester.

ESTER.—No faltaba más (*sale con Rebeca*),

JOSE.—Ya está todo arreglado. Tan pronto como le dije a Arturo que Ud. se iba esta tarde inmediatamente me agregó que él a su vez ya iba a telefonearme porque le era imposible salir hoy de Santiago...

MARG.—Gracias a Dios.

EUG.—(*A José*). Quiere Ud. venir a dar una vuelta por el bosque vecino, no está Ud. cansado?

JOSE.—Con todo gusto.

EUG.—(*Saliendo con José*). Pues hombre, seguramente no hay otro refugio de paz en la vida que el campo; pero ay de aquellos que a la sombra de cada árbol que ven quisieran abrir su sepultura! (*Se pierden*)

ESCENA V

CARLOS, MARGARITA

CARLOS.—Va romántico don Eugenio.

MARG.—Pobre Eugenio!

CARL.—Ud. lo dice!

MARG.—¿Por qué motivo piensa Ud. que sufre Eugenio?

CARLOS.—Yo me he acostumbrado a no pensar, porque pensar es ocioso. Yo veo y creo en lo que veo; la vulgaridad de la gente cree en lo que piensa.

MARG.—¿Ha visto Ud. algo?

CARLOS.—(*Con disimulada ironía*). Tanto como Ud. Ustedes por lo general son muy distraídas y no advierten nada...

MARG.—Pero qué. Sea Ud. franco.

CARLOS.—Nada. Sin ninguna importancia por otra parte. La filosofía nivela todos los actos de la vida. Sea Ud. filósofa Margarita.

MARG.—¿Para llegar al excepticismo de Ud.? Nunca!

CARLOS.—Excéptico yo? jamás. Creo en todo, pero creo en que todo es como es, nó como debiera ser; y puesto que vivo en el mundo de los mortales, dentro de sus defectos y de sus

virtudes, acepto todo lo que de ellos viene, bueno y malo sin alterarme ni por lo uno, ni por lo otro.

MARG.—¿Piensa Ud. mal de mí?

CARLOS.—Yo no creo en el mal de las pasiones.

MARG.—¿Ha sufrido Ud. alguna vez?

CARLOS.—Una sola y nó mucho.

MARG.—Con qué motivo?

CARLOS.—Por Ud.

MARG.—Por mí?

CARLOS.—Sí. Tuve celos.

MARG.—Cómo, celos por qué.

CARLOS.—El derecho de amar sin ser correspondido es un derecho indiscutible.

MARG.—Ud. me ha querido? Y de quién tuvo celos.

CARLOS.—De su amor.

MARG.—De mi amor por quién?

CARLOS.—Eso no importa; de un amor que no era por mí.

Pero aún tengo esperanzas.

MARG.—Esperanzas de mí?

CARLOS.—A pesar de todo.

MARG.—Me supone Ud. enamorada y tiene esperanzas de mi amor?

CARLOS.—Tengo esperanzas.

MARG.—Supone Ud. acaso que no soy correspondida?

CARLOS.—Tengo esperanzas que se dejen de amar.

MARG.—Y Ud. podría amarme después de un gran amor mío? Acaso teniendo mucho que perdonar?

CARLOS.—Perdonar? Mía fué la culpa de haber llegado tarde; si antes la hubiese amado yo, sería otro quien tendría que perdonar. Todo eso está dentro del orden natural de las cosas de la vida.

MARG.—De modo que Ud. cree que de un amor se puede pasar a otro tranquilamente. Está Ud. loco?

CARLOS.—Loco? por qué! El corazón da amores como las plantas dan sus flores unas tras otras; si una flor se seca surge otra flor tras ella: la planta es la misma, la flor es otra, es nueva, es pura tal como fué la primera.

MARG.—Y Ud. cree que así podría ser otro amor mío?

CARLOS.—Por eso espero; espero que se seque la primera y surja otra...

ESCENA VI

REBECA, MARGARITA, CURA, CARLOS, ESTER

REB.—(*Interrumpiendo*). Aún no ha regresado papá?

MARG.—Aún nó. Has terminado tus arreglos?

REB.—Y muy a tiempo, porque acaba de llegar una visita encantadora.

MARG.—Una visita?

—REB.—El curita de la Asunción, don Felipe, el amigo de todos que ha llegado acá yo no sé cómo ni por qué.

CARLOS.—Es extraño sin embargo.

REB.—No viene nunca?

MARG.—Entiendo que muy a lo lejos y siempre con alguna sorpresa grande. Ha quedado con Ester?

ESTER.—(*Entrando con el cura*). Por aquí señor cura.

CURA.—Ah, ya los veo. Margarita y don Carlos el secretario que va a ser Ministro a los 30 años (*saludando*).

MARG.—Y cómo ha sido esto?

CURA.—Ya salió la curiosilla! Más de seis meses que no te veía y sigues como siempre vivaracha e intrusa.

ESTER.—Toma, ya estás castigada

MARG.—Pero a que trae Ud. un notición de esos bien gordos.

CURA.—Y porqué no una visita simplemente?

MARG.—Quiá. Darse Ud. un viaje de dos horas por hacer una visita simplemente nó, nó, nó. Vamos a ver, Quién se ha muerto?

ESTER.—Horror! diga Ud.

CURA.—Nada. Cosas de esta loquilla...

MARG.—Mi novio por ventura?

CURA.—Calla blasfema! Tu no tendrás nunca novio, porque aunque han dado en la lesura de llamarte bonita, yo sé que eres loca, desde chiquita fuiste igual... Vamos a ver y cómo lo pasan Uds., ya están de vacaciones verdad?

ESTER.—Sí, pero hoy se van nuestras visitas de manera que Ud. se quedará con nosotros por algunos días,

CURA.—Imposible.—Uds. saben que yo no me pertenezco
¿De manera que don Eugenio se marcha hoy?

REB.—Sí señor.

CURA.—Nos regresaremos juntos.

ESTER.—Es posible?

CARL.—Ocurre algo?

MARG.—Cuando yo lo decía.

ESTER.—Vamos, diga Ud.

CURA.—Ahora (*a Rebeca*) Oyes los pajaritos de la jaula que están piando ahí dentro? Oyes? Es que tienen hambre y están diciendo Rebeca, Rebequita ven a darnos alpiste. No los oyes?

REB.—Si, ya oigo. Allá voy pajaritos (*sale*).

ESTER.—Diga, diga Ud. don Felipe ha muerto alguien?

CURA.—Para don Eugenio quizás tanto como eso.

MARG.—Aún otra desgracia para Eugenio?

CARLOS.—Qué sucede. Vamos, hable Ud.

CURA.—Estaba ayer tarde rezando mis oraciones en el comedor de la parroquia cuando entra de carrera, sin aviso ni tiempo para aguardar en la antesala, un jóven esbelto que a causa de la penumbra de la hora no pude distinguir. Estrechándome la mano precipitadamente me dijo: soy yo señor Cura, soy Guillermo que vengo a pedirle un gran servicio. El muchacho estaba vibrante como cráter de un volcan. «A tus órdenes hijo mío le dije, calma tus nervios y explícame qué te ocurre. Sin reparar en mis palabras continuó: Mi padre está en el fundo de don José del Solar, sus mejores amigos señor cura, y yo vengo a rogarle que vaya Ud. donde él a pedirle para mí su bendición. Cómo le dije, qué vas a hacer Guillermo, el muchacho continuó: Me voy esta tarde misma don Felipe, me voy sin dinero, como pueda, de fogonero de un vapor que zarpa mañana al amanecer de Valparaíso, si es necesario. Me voy a mi patria a rescatar lo que mi padre ha perdido o a entregar mi vida en su defensa. A mi edad señor cura, agregó el muchacho emocionado, no se puede vivir sin patria. El niño que nace necesita del pecho de su madre tanto como el ciudadano a los veinte años de la bandera de su patria!

ESTER.—Gran corazón!

CURA.—Me voy sin ideas, continuó, me voy sin planes de-

terminados, pero si vivo señor cura, dígame Ud. a mi padre que nos reuniremos en la hacienda de su patria. Allá está mi deber y mi honor; voy tras ellos porque a ellos me debo antes que a mi padre.

MARG.—Qué va a hacer Eugenio!

CURA.—Vaya, vaya Ud., continuó. Ud. sabrá la forma y eligirá el momento de decírselo; llévele mi resolución y mi afecto entrañable para él y para Rebeca.

CURA.—Inútilmente intenté disuadirle con los mejores argumentos—siempre eran mejores los suyos!—hasta que por fin le dije: Vete con Dios hijo mío y le dí la santa bendición en el nombre de su padre. Me dió un abrazo muy estrecho temblando de emoción; lléveselo Ud. a mi padre me dijo y salió sollozando, salió de carrera. Faltaban diez minutos para la hora del tren.

CARLOS.—Qué gran corazón de muchacho!

MARG.—Hijo de su padre!

ESTER.—Pobre Eugenio, otro trastorno y qué atroz!

CURA.—A eso he venido. Me ayudarán Uds. a cumplir con este deber sagrado. Poco a poco lo iremos llevando al asunto de manera que sin decírselo pueda él llegar a pensarlo. No le parece a Ud. Carlos?

CARLOS.—Si como Ud. lo crea más conveniente.

ESTER.—Lo ayudaremos todos.

MARG.—Yo se lo diré.

CURA.—Tu nó, no faltaba más, una criatura como tú hablar de cosas tan serias.

CARLOS.—Sí señor cura, Margarita tiene razón, déjela Ud. a ella que se lo diga... Don Eugenio sabe muy bien que la trompeta del juicio final la tocará un ángel!

ESCENA VII

LOS MISMOS EUGENIO, JOSÉ Y LUEGO REBECA

EUGENIO.—(*Apareciendo por el fondo*). Qué veo! Diviso unas faldas negras que deben ser portadoras de una mala noticia (*todos se vuelven al oír la voz*) Ah! es Ud. mi señor don Felipe!

CURA.—Dios me lo guarde en medio de estos campos que fortifican la salud (*saludando*) Mi señor don José como está Ud.?

JOSE.—Dichoso de verlo por acá señor cura.

EUG.—Y qué tal. Nada de nuevo en Santiago?

CURA.—Ni frío, ni calor, una primavera hermosísima.

REB.—(*Entrando con la correspondencia*). Ya comieron los pajaritos señor cura...

Se puede? Aquí traigo la correspondencia.

EUG.—Y qué cara traes hijita.

REB.—He recibido carta de Guillermo, papá, y Guillermo está triste.

MARG.—De Guillermo?

EUG.—Qué ocurre! Qué le ha ocurrido algo a Guillermo?

REB.—(*Leyendo*). Así termina su carta: No puedo resistir a la idea de la orfandad. Huérfano de su madre; ¡es el destino! Huérfano de su patria; es ley del más fuerte. No me resigno...

EUG.—Pero su salud está bien?

REB.—Parece..... Para Ud. don José (*le pasa un paquete*)

ESTER.—Nada para mí?

REB.—Sí, una, dos y dos revistas (*pasándoselas*).

ESTER.—(*Viendo las cartas*) Invitaciones.

JOSE.—Para Ud. Margarita (*pasándole una carta*).

MARG.—De mi madre.

CARLOS.—Está Ud. segura?

CURA.—Y de quien podría ser. Cree Ud. que los hombres son tontos...? Está Ud. preocupado don Eugenio.

EUG.—Sí, es verdad... este muchacho.

CARLOS.—Acaso él piensa en lo único en que debe pensar.

ESTER.—En su patria?

EUG.—Sin duda, y tiene razón.

JOSE.—¿No querría venir conmigo a tomar algo señor don Felipe? Después del viaje debe Ud. venir acalorado.

ESTER.—Pues ya lo creo. Vamos al comedor, Carlos, Rebequita acompañen Ud. a don Felipe.

JOSE.—Don Eugenio está cansado...

MARG.—Yo también me quedo.

JOSE.—(*retirándose le dice al cura*). Naturalmente Ud. se quedará algunos días con nosotros.

CURA.—Imposible, imposible don José (*salen, José, Cura, Ester, Carlos y Rebeca*).

ESCENA VIII

MARG.—(*Después de un momento de silencio que no saben como romper*) Estás preocupado.

EUG.—(*Paseándose nerviosamente*) A qué ha venido don Felipe?

MARG.—Don Felipe?... (*indecisa*) Pues... de visita.

EUG.—Vacilas?

MARG.—Por qué?

EUG.—Es posible? También tú?

MARG.—Yo sería la única que debiera callarme.

EUG.—Cómo! Qué ocurre?

MARG.—Pues...

EUG.—Habla, dí.

MARG.—En fin... puesto que soy yo la indicada por el destino para apuñalar hoy tu corazón, te diré que Guillermo se ha marchado.

EUG.—Cómo! Para donde?

MARG.—Para México donde está su deber y su conciencia como te lo manda decir con don Felipe cuya presencia acá tiene ese objeto.

EUG.—Dios mío! Aún es posible más?... Y se ha ido solo, sin dinero, en qué vapor? Cómo?

MARG.—Don Felipe te dará detalles.

EUG.—Hasta cuando! Hasta cuando!

MARG.—Pero escúchame Eugenio. Yo quiero que tu sepas si tomas la resolución de seguirle .

EUG.—Pero cómo, si estoy espatriado.

MARG.—Tampoco te lo aconsejo, pero sin mas tiempo por ahora para conversar, deseo que sepas al separarte hoy de mí, que si tal cosa intentas yo te seguiré con todo lo que pueda obtener de mi fortuna a donde el destino te lleve.

EUG.—Podría alcanzar quizás el vapor en que él va... pero tu nó, tu nó.

MARG.—Yo sí... para probarte así lo infinito de mi cariño.

EUG.—Margarita!

MARG.—Romperé todas las convenciones sociales, lo dejaré todo.

EUG.—Y tu madre?

MARG.—Antes estás tú.

EUG.—Te lo agradezco; pero será imposible.

MARG.—Imposible para un amor verdadero no hay ninguno.

EUG.—Imposible Margarita!.. Y Rebeca?

MARG.—(*Este argumento produce en ella un visible trastorno, luego agrega con intensa expresión*) Cómo!... Rebeca?... Primero está ella...? Eugenio!!

EUG.—(*Ofuscado*). Es la vida, qué quieres!...

MARG.—Tienes razón!! Es imposible!!...(*El telón cae lentamente; ella se retira de la escena sollozando, él queda inmóvil*).

TELÓN.

ACTO III.

La escena tiene el mismo decorado del acto primero.

ESCENA I

MARGARITA Y RICARDO

MARGARITA.—Porqué no has aprendido nunca a tratarme de tú?

RICARDO.—He temido que en algunas ocasiones pudiera molestarla.

MARG.—Porqué?

RIC.—Cuando Ud. está con los suyos, con sus amigos encumbrados...

MARG.—Pero cuando éramos pequeños y me querías . . .

RIC.—Los niños no saben a quien aman; obedecen al corazón pero no diciernen.

MARG.—Me encuentras mucho para tí?

RIC.—Una imágen.

MARG.—No has querido nunca a otra?

RIC.—Para qué?

MARG.—Para casarte con ella.

RIC.—Ah nó! Eso jamás. Ud. lo sabe muy bien.

MAR.—Y no te da pena haberme visto tan alejada de tí, con tantos otros, con tantos éxitos?

RIC.—Mucha pena, pero yo tengo la culpa. ¿Porqué habría Ud. sacrificado su vida pensando en mí?

MARG.—Y no tienes un recuerdo muy grato de esa época en que nos amamos?

RIC.—Tanto Margarita que cuando regresó Ud. de Europa, ya cambiada, ya en el carro triunfal de sus éxitos, yo me senti como si hubiera perdido la vista, ciego para todo lo que hay en el mundo y preso de una melancolía tan grande que viví porque Dios no quiso hacerme el único bien que anhelaba.

MARG.—Morirte?

RIC.—Ya lo creo.

MARG.—Sufrias?

RIC.—Inmensamente.

MARG.—Es posible?

RIC.—Se puede dudar de todo, pero no se puede dudar del amor mío Margarita.

MARG.—Es inmenso?

RIC.—Es Dios. Dios que se desprende de un soplo suyo para dármelo a mí y yo a Ud.

MARG.—Y porqué merezco yo ese cariño?

RIC.—Porque es la única ofrenda que yo puedo hacerle a la imagen de mi razón de ser...

MARG.—Y si fuera una imagen pecadora e indigna de tanta verdad?

RIC.—No sería su culpa,

MARG.—Pues.....

RIC.—La entretiene a Ud. oirme hablar? Verdad.

MARG.—Nó. Me admiro de mi misma porque me considero siñ derecho para merecer ese cariño.

RIC.—Se atreve a burlarse!

MARG.—Nó. Si alguien pudiera concederme lo que más deseara en la vida, yo pediría una sola cosa: no haber vivido el tiempo que hemos estado distantes.

RIC.—De mí?

MARG.—De tí; no te finjas pequeño.

RIC.—Yo ante Ud.....

MARG.—Infinitamente más alto. Tu puedes tener orgullo; yo no puedo. Tú has podido llamarme y yo no debería llegar a tí.

RIC.—Me habla Ud. en serio?

MARG.—Nada te dicen mis lágrimas?

RIC.—Por mí?

MARG.—Por tí. Por el amor de la infancia; por el amor que es puro como una voz del cielo, por el único amor, por el amor del derecho y del honor.

RIC.—Lo siente Ud. así?...

MARG.—Sí; pero a través de otros amores que me han dejado tantas amarguras.

RIC.—Y esos amores esperan?...

MARG.—Lo imposible. Que pueden esperar ya?.....

RIC.—Porqué?

MARG.—Porque soy tuya.

RIC.—De manera que hay un pasado que es obscuro. Y sus sentimientos? Aquellos purísimos sentimientos de nuestros días felices de la infancia?

MARG.—Cuando se eclipsa el sol, manchas oscuras lo opacan; pero no es el sol el que se ha manchado verdad?—Así también los sentimientos del alma suelen a la vista presentar sombras, pero no son ellos los que se manchan.

RIC.—Margarita!

MARG.—Ya lo sabes.....

RIC.—Para siempre?

MARG.—Oh! Para pagarte así el mayor éxito de mi vida, el único verdadero, tú, el único hombre que me ama porque me ama, sin vanidades, con indulgencia.

RIC.—Y sus coqueterías? No tendré mucho que sufrir por ellas?

MARG.—Con quiénes?

RIC.—Con todos.

MARG.—Tu lo crees?

RIC.—Si.

MARG.—No hablemos nunca del pasado, nunca, entiéndelo muy bien, nunca. Por lo demás no puedes dudar de la que será tu mujer.

RIC.—Bien Margarita. Tiene razón.

MARG.—Estás contento?

RIC.—Infinitamente.—La adoro.

MARG.—(*Advirtiéndole que entran*) Aquí viene Carlos. Yo los dejo. Con permiso Carlos; volveré más tarde a conocer el resultado del negocio que tramitan. (*Sale Arturo a acompañarla y luego vuelve.*)

ESCENA II

CARLOS, RICARDO, LUEGO ELOISA

RIC.—Qué muchacha encantadora!

CARLOS.—Estás chocho. Y vas a pasar la vida dejándote dominar por sus caprichos?

RIC.—Qué quieres! Cuando un hombre ha vivido para un solo ideal, atado a un amor más fuerte que uno mismo no tiene otro remedio.

CARLOS.—Estás seguro de ser feliz?

RIC.—Completamente. Es tan inmenso por si solo el hecho de vivir con Margarita, de ser su esposo, de ser su dueño que por nada cambiaría tanto bien.

CARLOS.—Ah! Soñador!...

RIC.—Hablarás con Eugenio?

CARLOS.—Puesto que así lo desean Uds. tendré que hacerlo, pero dudo...

RIC.—Dudas porqué? Acaso no es bastante buena proposición para Eugenio que después de su viudez ha quedado mas solo y mas pobre, el hecho de ofrecerle la administración de todos los bienes de mi madre?

CARLOS.—Esta idea ha venido de tu madre?

RIC.—Nó, de Margarita.

CARLOS.—Ya le he escrito; vendrá pronto. Aquí veremos.

RIC.—Las imposiciones de Margarita no pueden ser discutidas: cuando ella desea una cosa es inútil contrariarla. Además en este caso yo le encuentro razón; se trata de proteger a un amigo de altos antecedentes que ha caído en la desgracia.

CARLOS.—Muy noble (*con cierta sorna*).

RIC.—Es verdad que ya no es un secreto para nadie que don Eugenio pasó los mejores años de su vida diplomática enamorado de Margarita, pero tampoco será un misterio para nadie su fracazo.

CARLOS.—Ah sí; muy posible.

RIC.—Naturalmente. En el fondo de los sentimientos de Margarita sólo he existido yo. Lo que hay es que ella ha sido irremediablemente coqueta y las mujeres coquetas tienen el supremo placer de hacer sufrir.

CARLOS.—Parece increíble!

ELOISA.—(*abriendo el mozo la puerta, ella interrumpe la escena*) Qué tal?

RIC.—(*poniéndose de pié*) Hola, Mamá!

CARLOS.—(*saludándola*) A sus órdenes señora.

ELOISA.—Se ha resuelto ya el asunto de la administración? Vengo de la secretaría arzobispal y ya he obtenido la dispensa (*a Ricardo*) Imagínate que por un parentezco en quinto grado que te encontraron con Margarita, me han cobrado seiscientos pesos. Ese señor Góngora es terrible.

CARLOS.—Seiscientos pesos! Conozco casos peores.

RIC.—Qué horror! Y los pagaste?

ELOISA.—Ya lo creo!

RIC.—Gracias Mamacita. Del asunto de la administración aún nada se ha resuelto porque Carlos no ha podido transmitir todavía a don Eugenio nuestra proposición.

ELOISA.—(*a Carlos*) Pero la aceptará sin duda.

CARLOS.—Quiensabe...(*manifestando cierta repulsión por este asunto*). Don Eugenio es un hombre de talento, de mucha integridad y de gran corazón. A don Eugenio no se le indemniza con dinero...

ELOISA.—Qué significa eso?

RIC.—Ah! ya comprendo.

ELOISA.—Qué habla. Qué dice Carlos?

RIC.—Nada Mamá, bromas. Si todas las coqueterías tuvieran que indemnizarse!...

ELOISA.—En efecto, no ha sido culpa de Margarita que él haya vivido enamorado de ella como todo el mundo lo sabe.

CARLOS.—Si naturalmente. Hablaré hoy con don Eugenio y hoy mismo tendrán Uds. su resolución.

RIC.—(a Carlos) Pero intercederá Ud. favorablemente (*en tono de súplica*) Piense Ud. que Margarita lo exige.

CARLOS.—Como no, como no.

ELOISA.—Vamos hijito. El zapatero, el camisero, el sastre, todas tus cosas están muy atrasadas. Con permiso Carlos (*salen*).

CARLOS.—Hasta luego.

RIC.—(*volviendo*) Oye Carlos, si vuelve Margarita o si telefona ¿quieres decirle que he salido con mamá y que en seguida pasaré por su casa?

CARLOS.—Bien: muy bien.

RIC.—Gracias. Perdona. (*sale Carlos ordena algunos papeles y luego se sienta a escribir.*)

ESCENA III

MOZO.—(*interrumpiendo*) El patrón.

CARLOS.—Cómo don Eugenio? Que pase nuestro antiguo patrón. (*Entra Eugenio con un sobretodo largo, algo raído, con aspecto muy demacrado y todos sus movimientos acusan una sobree excitación nerviosa que debe contrastar con la de su persona en los actos anteriores*).

CARLOS.—Agradezco a Ud. don Eugenio haber acudido a mi llamado porque este solo hecho me manifiesta que Ud. está dispuesto a afrontar la situación que se presente. No se quita Ud. el abrigo?

EUG.—No gracias.

CARLOS.—Pero aquí hace calor.

EUG.—Mandé arreglar el veston y tendria que quedar en mangas de camisa.

CARLOS.—Perdone Ud. ¿Le ofrezco una copa de jerez?

EUG.—Con mucho gusto.

CARLOS.—(*sirviéndole*) Pues así mi querido don Eugenio es el hecho que tengo una comisión importante para Ud. desde hace varios días y he tenido cierto temor de trasmitirla.

EUG.—Tiene Ud. motivos sobrados para contar conmigo, de manera que...

CARLOS.—Pues... Sin embargo...

EUG.—Algo de Margarita sin duda.

CARLOS.—De su suegra.

EUG.—De su suegra?—Embroma Ud.? Veamos. Qué dice Margarita.

CARL.—Doña Eloisa Fuentes de Guzmán y su hijo don Ricardo Guzmán y Fuentes pretenden que durante el viaje de novios que proyecta este último a los Estados Unidos, con Margarita y con su madre, se quede Ud. como administrador general de todos los bienes de la familia.

EUG.—Cosas de Margarita. Qué tal!

CARL.—Con una comisión de 9 por ciento sobre la renta.

EUG.—Como quien dice las migajas del festín para el pobre Eugenio!

CARL.—No hay que pensarlo así. Seguramente sus intenciones son muy nobles.

EUG.—Ah Margarita, Margarita! Y todo por aquel día fatal en que ella me propuso renunciar a todo por mí siguiéndome a México, y yo la rechacé por la situación de Rebeca.

CARL.—Una mujer puede ser crucificada por el ser amado don Eugenio, pero nunca pospuesta.

EUG.—He ahí mi gran error.

CARL.—La renta de la madre de Ricardo creo que fluctúa entre 200 y 220 mil pesos.

EUG.—El matrimonio será pronto?

CARL.—Entiendo que el Domingo próximo. Ya están repartiendo las invitaciones.

EUG.—Martes! Miércoles! Juéves! Viérnes! Sábado! y Domingo!!..... (*expresivo*).

CARL.—A sus años don Eugenio no es creíble tal cobardía.

EUG.—A mis años! Precisamente a mis años no se puede tanta pena en el corazón!

CARL.—Deje Ud. paso a la nueva vida. Margarita es una buena sombra en todo caso. Ud. vé como su primera intervención en los negocios ha sido en favor suyo.

EUG.—Pero no ha querido verme desde que volví de México.

CARL.—Es natural. Ya era otro su giro.

EUG.—Pues bien.....

CARL.—Acepta Ud.?

EUG.—Quizás, aun lo ignoro, pero en todo caso sería a una condición.

CARL.—La cual?

EUG.—Que Margarita en persona me lo pida.

CARL.—Pero como es posible cuando solamente Ricardo y su madre son quienes me han traído esta proposición y no Margarita? A título de qué traería yo la intervención de Margarita en este negocio? No comprende Ud, que es una solicitud que a ella la compromete altamente?

EUG.—Sí, talvez, tiene Ud. razón, entonces rechácela.

CARL.—Pero don Eugenio, son cerca de veinte mil pesos al año para Ud.

EUG.—Terminantemente, rechácela. Prefiero seguir solo, no necesito nada. Muchas gracias. Agradézcalo Ud. en mi nombre.

CARL.—Pero sin ninguna excusa?

EUG.—Porque estoy enfermo.

CARL.—Enfermo de qué?

EUG.—De una enfermedad con la cual no se pueden administrar bienes ajenos.

CARL.—Don Eugenio!

ENG.—Sí, sépalo Ud. querido amigo, estoy inhabilitado.

CARL.—Físicamente.

EUG.—Nó, moralmente.

CARL.—Ud? No lo creería nadie.

EUG.—(*Gesto de melancólica afirmación*).—Siu embargo...

CARL.—Hablaré con Margarita. (*Entra el mozo y le presenta una tarjeta de Margarita*) Es Margarita (*al mozo*) que pase

(Eugenio toma su sombrero precipitadamente e intenta salir, se mueve en todas direcciones).

EUG.—Talvez por el comedor, por la escala de la servidumbre verdad?

CARL.—Nó, tranquilícese Ud. suba a mi dormitorio; espéreme ahí.

EUG.—Sí?

CARL.—Vaya Ud. (salen ambos por el lateral y entra Margarita por el fondo; luego vuelve Cárlos a escena).

ESCENA IV

MARG.—(Adelantándose a Cárlos cuando entra) Ola gran amigo (saludándolo). Qué ha resultado de la proposición de Ricardo para Eugenio?

CARL.—En efecto, también estuvo aquí la señora Eloísa, poco después que Ud. salió y hablamos de eso.

MARG.—Pero qué, que le ocurre a Ud.? Está Ud. demudado.

CARL.—La proposición..... Eugenio... Es difícil..... mejor sería.....

MARG.—Qué es eso? (encarándosele) Cárlos, Eugenio está aquí.

CARL.—Nó, absolutamente.

MARG.—Puede Ud. engañarme?

CARL.—Margarita.

MARG.—Dónde está?

CARL.—Acaba de subir y tratábamos precisamente sobre la proposición de Ricardo.

MARG.—La acepta, naturalmente.

CARL.—Nó, la rechaza.

MARG.—Es posible? Y porqué? Son veinte mil pesos al año.

CARL.—Dice que está inhabilitado porque está enfermo.

MARG.—Enfermo? Falso. Le ha notado Ud. algo?

CARLOS.—Sí. Desde que regresó de México y conocido la situación de Ud. está visiblemente decaído.

MARG.—Pero eso no lo inhabilita para trabajar.

CARLOS.—Yo ignoro lo demás.

MARG.—¿De modo que no acepta?

CARLOS.—De ninguna manera.

MARG.—(*Intranquila*). ¿Así se lo ha manifestado?

CARLOS.—Terminantemente.

MARG.—¿Está muy delgado?

CARLOS.—Mucho.

MARG.—¿Y de fortuna?

CARLOS.—Muy pobre.

MARG.—Y sin embargo rechaza.

CARLOS.—¿Tanto se ha olvidado Ud. de don Eugenio?

MARG.—Es verdad... (*Muy agitada*). Pero no tiene razón, él tuvo la culpa...

CARLOS.—Así me lo ha dicho.

MARG.—Esto es desesperante, yo quiero que acepte.

CARLOS.—No basta eso.

MARG.—(*Exasperada*). ¿Puedo hablar con él?

CARLOS.—No sé. ¿Se lo pregunto?

MARG.—(*Afirmativamente*). Gracias. ¿Dónde está?

CARLOS.—Está arriba.

MARG.—¿Quisiera Ud. permitirme subir?

CARLOS.—Subiré yo y si es posible vendrá él acá (*toca el timbre y viene el mozo: al mozo*). Si alguien viene a preguntar por mi, diga Ud que he salido. *El mozo se retira y luego sale Carlos. Margarita queda sola en escena visiblemente agitada. Luego entra Eugenio*).

ESCENA V

EUGENIO Y MARGARITA

Eug.—(*Se detiene en el umbral de la puerta*). Ud. deseaba hablar conmigo sobre un negocio.

MARG.—Sí, precisamente.

EUG.—He dicho a Carlos que rechazaba todo negocio que no me fuera propuesto directamente por Ud. De lo contrario Ud. puede ordenar.

MARG.—Me ha dicho Carlos que Ud. estaba enfermo. (*Se acerca a él y le dá la mano*). ¿Como estás Eugenio?

EUG.—Estoy bien.

MARG.—¿No quieres sentarte un momento?

EUG.—Gracias. (*Se sienta en la silla más modesta y queda en actitud humilde. Ella se sienta confortablemente*).

MARG.—Tan lejos.

EUG.—(*Se acerca con la silla y guarda la misma actitud*).
Gracias.

MARG.—Puede hacerte mal guardar el abrigo dentro de las habitaciones. Afuera hace frío.

EUG.—Estoy bien así. Disculpe Ud...

MARG.—¿Entonces queda aceptado el negocio que te propone la señora Fuentes de Guzmán?

EUG.—Cual negocio.

MARG.—¡Cómo! El de la administración.

EUG.—No lo había pensado.

MARG.—¿Te parece poco el nueve por ciento?

EUG.—Me es igual.

MARG.—Yo se bien que tu no discutes materias de dinero.

EUG.—Entonces...

MARG.—Un hombre de tus aptitudes ganará siempre cuanto desee.

EUG.—Sin duda...

MARG.—Sin embargo me ha dicho Carlos que hoy por hoy...

EUG.—Margarita. Yo le suplico.

MARG.—¿De manera que aceptas?

EUG.—Sí, lo que tu quieras, me es igual; quiero consumir cerca de tí todo mi orgullo mientras termina mi pena de consumir su obra. (*Se levanta toma su sombrero y ella observa inmóvil*).

MARG.—¿Piensas retirarte?

EUG.—¿Aún me necesitas?

MARG.—(*Poniéndose de pié*). Eugenio. ¿Tú sufres?

EUG.—¡Quizás!

MARG.—Muchas veces he pensado que deberás odiarme.

EUG.—La culpa fué mia. Solo me duele haberte robado los mejores días de tu juventud.

MARG.—Fueron días de triunfo para ambos.

EUG.—Un amante Margarita siempre es un ladrón que roba algo, roba como roban las abejas el almibar de las flores, como roban los pájaros las semillas del cultivo, y sin embargo roban aunque roban para vivir, pero siempre hacen mal.

MARG.—No fué esa la causa.

EUG.—Ya lo sé. ¿Debí haber sacrificado el buen nombre de Rebeca?

MARG.—Yo no sé, pero el despecho Eugenic tiene poderes que tu ignoras. Cuando llegué al último borde de la pendiente después de tu viaje a México... ¡Oh! quise ser muy mala! pero felizmente me detuvo una mano predestinada para mí, la de Ricardo. Cuando tu rechazaste mi honra y mi vida porque estaba de por medio el prestigio de Rebeca esperiménté la más horrenda humillación. En una sola palabra me hicistes sentir todo el delito de mi amor. Quedé ciega, sola, tu te embarcaste...

EUG.—Era mi deber. ¿Y mis súplicas posteriores?

MARG.—De qué sirven las palabras ante un derrumbe tal.

EUG.—Es verdad. (*Ademán de frío*).

MARG.—Pero estas con frío.

EUG.—No.

MARG.—Cuando salgas será peor. Quitate el abrigo.

EUG.—No gracias; estoy bien.

MARG.—No insistas, vamos, porqué no?

EUG.—Porqué..... Margarita.

MARG.—Quítatelo.

EUG.—Olvidé el veston.

MARG.—(*tierna y conmovida*) Eugenio!

EUG.—Lo tiene el sastre en compostura y no tengo otro. Estoy pobre.

MARG.—Es posible?

EUG.—Es así, no tengo nada. Rebeca está dando lecciones. Guillermo está herido en un hospital de México y yo desempeño un puesto modesto en la oficina particular de un amigo de Chile, el único que me queda de tantos que fueron!...

MARG.—Qué cambio de espíritu y de energías!

EUG.—Antes había una razón... antes podía.

MARG.—Qué dices? Y tus hijos?

EUG.—Pobres niños. Ya no puedo.

MARG.—Sufres?

EUG.—Lo indecible.

MARG.—Desearías...

EUG.—Nada, ya es tarde.

MARG.—(*reconcentrada*) Talvez—ya es tarde.

EUG.—Sin duda—Cuando recién regresé de México no creí jamás que ya estarías tan distante de mi; te llamé mil veces y nunca llegaste. Una noche salías del teatro con el que hoy es tu novio y pasaste a mi lado sin querer mirarme. Oh, si tu supieras la influencia que ha tenido en mi espíritu la obra de esa noche.

MARG.—Eugenio!

EUG.—Tendría como aquel muchos pobres recuerdos que contarte (*se levanta hace movimientos manifestando sensación de frío y saca una cajita del bolsillo*).

MARG.—Qué tienes?

EUG.—Te interesas después de tres meses por saber ahora lo que tengo?

MARG.—Qué tienes en la mano?

EUG.—Qué te importa. Es un poco de morfina (*dándole la espalda se pone la inyección visiblemente al público*).

MARG.—Eugénio. Qué estás haciendo?

EUG.—(*Después de un momento*) Déjame. Te olvido!

MARG.—Cómo! tú el hombre de coraje y de energías invencibles renuncias a tí mismo en esa forma?

EUG.—Renuncio a tí (*La mira fijamente y continúa después de un momento*). Pero nó... No eres tú la que estás aquí, es la otra, la mía, la que me amaba tanto, verdad que es Margarita?

MARG.—Eugenio! (*mirandolo espantada*).

EUG.—Déjame soñar por un momento con la complicidad de esta amiga secreta (*indicando la inyección*) ya es para poco Déjame besarte.

MARG.—Te suplico Eugenio.

EUG.—Nó, déjame (*se detiene frente a ella*). Lloras?

MARG.—Pobre Eugenio!

EUG.—Tienes razón. El mas miserable de los hombres, el mas triste, el último de todos.

MARG.—Eugenio, Podrías dejarla?

EUG.—Qué?

MARG.—La Morfina.

EUG.—Con qué fin!

MARG.—Por nada?

EUG.—Por tí?

MARG.—Podrías trabajar nuevamente y rehacer tu vida?

EUG.—Contigo?

MARG.—Y podrías también perdonarme?

EUG.—Margarita! Ya es tarde.

ESCENA XI

MARGARITA, EUGENIO, CARLOS

CARLOS.—Interrumpo? Es natural yo interrumpo siempre.

MARG.—Nunca como ahora.

EUG.—Sin embargo...

MARG.—Cómo?... (*extrañada de que él trate de detenerlos*).

EUG.—Nó Margarita. No acepté tu sacrificio entonces porque él habría lastimado a mi hija; piensa tu si podría aceptarlo ahora cuando él vendría a robarte la felicidad a tí a quien debo el objeto de haber nacido.

MARG.—Pero Eugenio. Nos permite Carlos.

CARL.—Sí, perdonen Uds. (*retirándose*).

EUG.—Nó, (*sujetándolo*) no se retire Ud. Puesto que Ud. no ignora nuestros secretos, sea testigo de nuestra agonía.

MARG.—(*a Carlos*). Eugenio se pone morfina.

EUG.—(*a Carlos*). Y bajo mi sombra como a la sombra del manzanillo todo perece! Partiéndome el alma en dos pedazos con nuestra separación cuando me fuí a México creí conquistar el porvenir de Rebeca... Ahí la tienes sin embargo ¡pobrecita! sufriendo los rigores de la vida nueva e implacable!... Nc, tu tienes otros derechos y otros títulos para ser feliz. Yo necesitaría nacer de otra madre de la que fué la mía para arrancarte ahora cobar-

demente de los brazos de un hombre de bien, que te ha conquistado con los inmensos sufrimientos que fueron para él nuestros días de amor, y que te ofrece precisamente todo lo que yo tendría que quitarte.

MARG.—Cómo?

EUG.—Todo; tu bienestar, tu revindicación.

MARG.—Eugenio!

EUG.—La morfina! Qué te importa si con ella te olvido y soy feliz.

MARG.—Feliz! Y tu vida?

EUG.—Oh mi vida, la de un prisionero—no te preocupes de ella—la del pobre encarcelado de una idea fija que vive en la selda estrecha a que condenan los grandes errores de la conciencia.

Tu nó, tu no fuistes culpable, tu tienes los derechos a la vida.

MARG.—Yo no podría abandonarte así.

EUG.—Oh, las mujeres! Pudistes abandonarme cuando yo quise cumplir mis deberes.

MARG.—El amor propio herido.

EUG.—Y ahora no puedes...

MARG.—Todo sentimiento de mujer tiene algo de maternal.

EUG.—Gracias. Pero la caridad de las madres las ha reservado Dios para sus hijos.

Anda, anda tranquila.

MARG.—Mi primer deber eres tu, tu eres mi único dueño.

EUG.—Ya nó.

MARG.—Pero Eugenio, la morfina, ese veneno que va a matarte en la vergüenza y el menosprecio de todo el mundo.

EUG.—Si no fuera por ella! Tu crees que los alientos de vida que me sientes cerca de tí son míos propios? son acaso la continuación de mi vida conciente? crees acaso que estoy sano, que estoy cuerdo? (*ademan de asfixia y congestión*).

MARG.—Eugenio (*acercándosele*).

EUG.—(*Lentamente*) No, no te equivoques, yo ya estoy muerto.

CARL.—Siente Ud. algo?

MARG.—Te pones muy pálido.

EUG.—(*Desfallecido*). Sí, ya me hace falta (*se levanta*) Si us-

tedes me permiten (*saca la inyección*). En estos momentos necesito doble cantidad de vida.

MARG.—Qué horror!

EUG.—Quisiera ir arriba. Con permiso (*sale*).

MARG.—Qué espanto Carlos! Qué hacemos?

CARL.—Las flores que caen en la pendiente ruedan al abismo.

MARG.—No tiene remedio.

CARL.—Ni voluntad para tenerlo.

MARG.—Vaya, acompáñelo Ud. (*saliendo*). Vaya Ud. adelante, yo también voy; no le dejemos solo.

CARL.—Está muy mal.

MARG.—Dios mío!

ESCENA VII.

REBECA, MARGARITA, CARLOS

REBECA.—Nadie; nadie tampoco en la portería, qué ocurre en esta casa? (*vè entrar a Carlos y Margarita por el costado lateral y se queda inmóvil al lado de la puerta por donde ha entrado*).

MARG.—(*Sin mirar a la escena y en actitud de terror le pregunta a Carlos*) Ha sido intencional?

CARL.—Quizás equivocó la dosis.

MARG.—Todo el frasco?

CARL.—Ochenta centígramos.

MARG.—Pero un médico al momento!

CARL.—(*Muy al secreto*) Es inútil: ya está muerto (*advierde que está Rebeca en escena y se la muestra a Margarita*) Margarita!

REB.—(*Turbada*) He llegado hasta acá sin encontrar a nadie.—Disculpen.

MARG.—Rebeca, Rebequita!

REB.—(*Abrozándola*) Les ocurre a Uds. ¿algo? puedo servirles?

CARL.—Nada. Rebeca!

REB.—Qué ocurre? Y papá no ha venido por acá?

MARG.—Si vino y se fué.

REB.—Porqué lloran Uds.? Para dónde se fué Papá?

CARL.—Rebequita!

REB.—Cómo?

MARG.—Se fué para no volver.—Tu eres mi hija! Para siempre, para siempre Rebeca mía!!! (*La estrecha desesperadamente.*)

TELON RAPIDO

(Fin de la Obra)

Una frase de Jacinto Benavente

En una charla con La Goya, ésta nos contaba una frase aguda de Benavente. Se hablaba en un saloncillo de teatro, de El Caballero Audaz, y preguntaba Benavente, muy serio, a la gentil tonadillera.

—Aurora, ¿cómo se llama El Caballero Audaz?

La Goya dice los apellidos del periodista:

—Carretero y Novillos— y Benavente, muy serio siempre, vacila y dice:

—Novillos?... Se quita años, porque es buey...

“Mundo Teatral”

PRECIOS DE LAS SUSCRIPCIONES

Semestre.....	\$ 4.50
Año	» 9.00

Provincias

Semestre.....	\$ 5.00
Año	» 10.00

Paramount Pictures

Estrenos de la semana: TENTACION!!...

Sublime creación de GERALDINE FARRAR, la célebre cantante de ópera, ya conocida en Chile por su interpretación de La Doncella de Orleans.

La Huerfanita, por MARY PICKFORD. Delicada y fina comedia dramática en la cual la bellísima Mary Pickford desempeña el rol de ingénua y humilde huerfanita con magistral bazarria.

Las siguientes películas quedan a disposición de los señores empresarios de Santiago y de provincias:

Marca de Fuego.....	Fannie Ward	Las Fortunas de Fifi.....	M. Clark
La ley de la tierra.....	Olga Petrova	La huerfanita.....	M. Pickford
El beso.....	M. Courtot	Diplomacia.....	Mary Doro
Perla Blanca.....	Mary Doro	Domadora de Corazones.	Fannie Ward
Felicidad de 3 mujeres...	M. Stedman	Cada Perla una lágrima.	Fannie Ward
La pobre Pepina.....	M. Pickford	La Reina Destronada....	M. Pickford
Fea por conveniencia....	E. Goodrich	La Verdadera Heredera..	Mae Murray
Cenicienta.....	M. Pickford	Escuela de Maridos.....	Fannie Ward

The South Pacific Paramount Company - Estado, 250



DE CRÍTICO A ACTRIZ

Crítico.—Me gustó mucho usted, en el mutis del primer acto. Además es usted muy personal haciendo esta obra. Fulana no la hacía así... (La actriz pone el oído atento ante la comparación que se le viene encima y que es lo más grato en materia de crítica, sobre todo cuando las comparaciones favorecen a la persona con quien se habla).

Actriz.—Nó? ¿No la hacía así? (Gesto admirativo de deliciosa ingenuidad y perfidia). ¿Y cómo la hacía?

Crítico.—(Estimulando la vanidad de su interlocutora). Aquello era otra cosa...

Actriz.—(Sonriendo, sonriendo mucho, para mostrar unos dientes parejos y húmedos). A ver, veamos cómo hacía eso la otra...

Crítico.—(Haciendo esfuerzos por conservar gravedad). De una manera menos emocional... Usted ha dado en lo justo, quizá en lo definitivo...

Actriz.—(Pensando: «ya eres mío, halcón» y no olvidándose de sus mejores sonrisas). Verá Usted, no es por presumir, pero vamos... Precisamente don Jacinto Benavente, a quien le estrené la obra en Sevilla, me dijo algo parecido... más bien dicho, han coincidido ustedes en cuanto a opinión...

Crítico.—(Sintiendo correr un escalofrío de emoción y profundamente halagado). Con que Benavente le dijo eso... que estaba usted convencido?...

Actriz.—(Sabedora del efecto de su comparación). Sí señor, Benavente... Juan lo oyó... ¿Te acuerdas, Juan? (Se refiere al traspunte que se ha acercado a oír la conversación, mientras ojea un libreto, con aire de importancia).

Traspunte.—Sí, yo lo oí, como que don Jacinto aquella noche entró a su camarín a darle un abrazo, y le dijo: «Has creado un tipo que yo no creía poner, nena...»

Actriz.—No vaya a creer este señor, Juan, que tú, por compañero, exageras..

Crítico.—(Que ya no oye, sino que ve tan sólo delante de él una grati-

sima visión femenina, y que lo mismo le da que eso se lo ha dicho Benavente que el Zar de Rusia en el éxodo). Es que para hacer eso queda esa gracia y ese talento...

Actriz.—(Que piensa: «esto es pan conocido»). Hombre, por Dios, siempre se exagera!...

Crítico.—Lo que en usted se exagera es la pequeñez de la boca, lo grande de los ojos y blancura de los dientes ..

Actriz.—Ya cambiará usted de opinion... cuando escriba. A propósito, voy a presentarle a mi marido... (presentaciones de un señor que mira al crítico con sonrisita benévola y que se limita a decir: «Servidor»). Con que usted dirá en el periódico...

Crítico.—(Como si lo hubiesen adobado con hielo, como a las fresas). ¿Lo que diré...? Pues precisamente en esto estaba pensando... ¡Qué voy a decir yo ahora!...

HUMILDE DEL RINCÓN.

TEATRO COLÓN

Plaza Ecuador. San Pablo esq. de Teatinos

Espectáculo cinematográfico, culto y familiar

Estrenos artísticos todas las noches

Selección especial de las películas de marcas más notables que llegan a Chile. Nitidez y fijeza en la proyección, seguridad absoluta. El Teatro predilecto de las más distinguidas familias del barrio.

Los Domingos tres grandes funciones.

TEATRO YUNGAY

Este Biógrafo es por su buena situación y por la atención personal de su empresario el más concurrido del barrio y al mismo tiempo tiene la exclusividad de las mejores compañías cinematográficas de la capital. Exhibe cintas sólo extras, y como éstas son nuevas, los precios son de lo más rebajados.

Platea, Señoras \$ 0,80. Caballeros \$ 1,00

Para el Lunes tiene anunciada la cinta **La marca de Fuego**, por Fannie Ward.

Pronto anuncia **CHRYSTUS**.

Entonces.....

—En una tarde tranquila,
de tierna y cándida albura,
mientras solloza la esquita,
bajaré a la sepultura.
¡Ya nunca el día brillará!
...Y todo se olvidará.

—El ataud, oliente a caoba,
en el gran salón lo pondrán,
y ella, como una loba,
contra él se abrazará.
¡Pero mis ojos no la verán!
...Y todo se olvidará.

—El ángel rubio e inocente,
con los ojitos muy rojos,
dirá ¡papá! inconciente,
junto a los frios despojos.
¡Pero nadie le contestará!
...Y todo se olvidará.

—Los amigos verdaderos
preguntarán: ¿Cómo ha sido?
Harán recuerdos sinceros,
y alguno talvez llorará,
sin pensar en el olvido.
...Y todo se olvidará.

—En la mañana brillante,
entre un sollozo lejano
y en un silencio inquietante,
a la Ciudad del Arcano,
el cortejo partirá.
...Y todo se olvidará.

—Y en una noche perdida,
junto al calor del hogar,
una voz dirá, aburrida:
¿En el muerto a qué pensar,
si ya nunca volverá?
...Y todo se olvidará.

R. H. B.

North American Film Service

Casa importadora de las más notables producciones del
arte cinematográfico Norte-Americano.

SAN ANTONIO 580

Sus películas se exhiben en casi todos los teatros y cines de impor-
tancia de la República.

DIRECCIÓN TELEGRÁFICA: "NORTHFILM"

En programación los siguientes Estrenos:

Hacia la Fama, Marca World, por el atleta Carlyle Blackvell,
(Espionaje).

La senda de la Venganza, (Metro), por Viola Dana, (C. B.)

En los umbrales de la felicidad, (World), por la niña
Madge Evans.

Los ojos misteriosos, (Metro), (Aventuras).

Se precisa una madre, (World), por la niña Madge Evans.

Próximamente: **El secreto científico.**

CRONICA DE ARTE

El Salón

Todos han dicho:

—¡Qué pobre el Salón de este año!—y con razón, porque desde el año once, que sólo se exhibieron en la sección pintura ochenta y dos obras, hasta hoy, este conjunto es el mas escaso.

La sección escultura ha dado un paso esta vez. Aquella magnífica obra «Liberación», que nos muestra fuerte e inspirado a Federico Casas Basterica, ha sido para todos, sino una sorpresa, porque ya se conocía al joven escultor ventajosamente, ha provocado un gesto de admiración, por ese fino modelado, por esa idea esteriorizada con tanto talento, por ese soplo de poesía modernísima y vibrante que tiene aquella mujer, que, rompiendo los prejuicios, alza su vista al cielo como en busca de mas amplios horizontes. No cabe duda alguna que el jurado le acordará un premio, con seguridad la primera medalla y quizá algo más. Así se susurra...

El maestro español Antonio Coll y Pí, ha sido acertadísimo en su grupo lleno de armonía y de pensamiento que se titula «Post Pecatum» Adán y Eva después de la falta. Líneas armoniosas, vigor, lozanía de ejecución, blandura, y una certera condensación de un asunto tan traginado y del cual el maestro Coll y Pí, ha sabido sacar tanto partido.

El escultor Adolfo Quintero, tesonero y trabajador ha dado una nota muy simpática en su escultura titulada «Zozobra», una chica que con miedo se retira del abismo que se abre a sus pies.

La señorita Blanca Merino, nos trae una «Magda», un yeso bien inspirado que podría significar renunciación de la mujer bíblica ante el Cristo, que es para ella redención y amor. Se pueden anotar además los exponentes señorita Díaz Palacios, que revela progreso con su «Indiferencia» y el señor Cruz con algunos trabajos, siendo el mejor de todos un retrato de mujer.

La sección pintura, ya lo hemos dicho: es pobre. Desde hace mucho tiempo no se pinta una gran obra, es decir algo que no sólo signifique un esfuerzo, sino también un resultado. Se «mancha» mucho, y hay algunos pintores que se hacen maestros en las «manchas», y como eso les dá facilidades de vida, en las manchas se quedan.

Este año el joven maestro Eucarpio Espinoza, que lucha por la medalla de honor, y con razón, presenta dos retratos: el de una dama, tranquilo, con carácter, pintado a la manera clásica, pudiera decirse, por su color y por su composición, y un auto-retrato, nervioso, bien dibujado, pero en pose teatral. Se reciente el color del rostro de cierta monotonía y quizá de cierta dureza en general.

Franco Paolantonio, el discutido, más que por sus cuadros, por su carácter, por su altivez exajerada que nada encuentra bueno, presenta a este salón dos retratos y dos cuadros de figuras. El retrato del señor

E. M., nos gusta bastante. Solamente censuramos ese exagerado color del rostro, que le quita al retrato un poco de distinción, cuando el modelo es altamente distinguido. El retrato del señor A. C., se aplana un tanto, sobre todo en las mejillas, pero hay carácter, los ojos brillan y piensan. Al lado, una vieja, que parece pintada con la hez del vaso de vino que tiene en una mano—mano descompaginada y que es un desacierto del talentoso pintor, como colorido y como sensación estética. «Sogni», algo amanerado, con un poco de confitería; pero agradable de color, de efectos de luz hermosos y delicados.

Alfredo Araya, entre los que luchan, se presenta firme y robusto. ¡Qué paso de adelanto tan grande! Ha pintado dos paisajes que los firmaría cualquiera que tuviese medallas de primera. «Atardecer», es un poema de luz y de sensación de la hora. «Puesta de Sol», aunque más débil, tiene condiciones de perspectiva y de atmósfera muy apreciables. Pero nos gusta más «Atardecer», que lo creemos un acierto pleno, y que dá desde luego al pintor, ocasión para el aplauso.

Y hasta la próxima crónica.

YE-SHO.

Las estrellas del Cine



Protagonista de «Marca de Fuego».

PÁGINA SELECTA

La música del circo

De lo alto van cayendo, sin expresión en el ritmo, sin calor de alma artística, como de un instrumento impersonal, vales llorosos que mecen el alma de los ojos al corazón, del corazón a los ojos. Música evocadora, música vivida... Recuerdo de amores arrullados por ella, de bailes, de aventuras de otros años, de otros lugares. El vals aprendido en amorosa intimidad, el vals oído en café-concierto parisién, único recuerdo espiritual de un amor de viajero, de esos que sólo dejan un recuerdo dorado: una cabellera de oro, vinos de oro, monedas de oro... Música evocadora, música vivida que mece el alma del corazón a los ojos, de los ojos al corazón!—JACINTO BENAVENTE.

El pasado

(Traducción de H.)

¡Soy yo... soy yo eternamente! ¡Y tú querías dejarme fuera! Yo soy el recuerdo que pasa a través de todo, el recuerdo profundo que te trae el flujo y reflujo de la sombra en que se enlazan las almas. Siempre renazco ¿Podrá haber una noche agradable sin mí? Piénsalo... Respira en el fondo de esta alcoba mi aliento, mira mi reflejo. angel querido! Yo soy la obsesión que titila en la sombra; el viejo perfume, la antigua imágen, el ídolo inmortal que han trazado en el espacio nuestras formas, nuestros amores y nuestros besos. ¡Yo estaré siempre contigo, ingrato!

No te vuelvas azorado: nadie sino tú me puede ver. Sigue tu ruta, adorando mi frente desnuda, y mis manos pálidas. Sólo tú me oyes y me ves, pero nunca podrás arrojarme de ti mismo.

¡Es necesario que esté contigo, ya que tú amas otra vez!—HENRY BATAILLE.

LIBRERÍA Y CASA EDITORIAL MINERVA

M. GUZMAN MATURANA

SANTIAGO, Casilla 1419, AHUMADA 39

En venta las últimas novedades y éxitos del Teatro Chileno

El Huracán, Alta comedia de Nathanael Yáñez Silva.

Mal Hombre, Comedia dramática de René Hurtado Borne.

La Señorita Risa, Comedia sentimental de René Hurtado Borne.

Domingo de Ramos, Sainete de Cariola y Frontaura.

Irredentos, Drama de Antonio Acevedo Hernández.

Elegantemente impresos al precio de \$ 2 el ejemplar.

BAJO EL COMPAS

Novela de gran interés de Salvador Martínez Rozas.

Reservado

==== PARA ====

BIDWELL Y LARRAIN

UNA DE ESAS NOCHES...

¡Ya cayó el telón! ¿Aplaudirán?

Nó... la obra no ha gustado... esas escenas en que se puso el alma toda... aquel parlamento de amor y de dolor... no ha gustado.

Y ahora la obra ha terminado hace un siglo... y ese silencio, no, no, aplaudirán! ¡Ha sido un fracaso!

Pero ¿Por qué se abre la cortina? ¿Y ese rumor de mar, que crece más y más? Ah! la santa benevolencia del público: premia a los pobres actores, a ellos que, con la mejor intención, dijeron más de una frase al revez. ¡Bendita sea esa bondad!

—¡A escena!

—¡Fuera el sombrero... déme el bastón!

—¿Qué?

—¡El autor... el autor, a escena!

Un empujón, la mano temblorosa de la primera actriz, el brazo fuerte del galán... dos o tres pasos en falso, como los de un borracho... y esa luz que ciega... esa multitud que se pone los sombreros, que se revuelve. ¡Dios mío! ¡Es el público!

Dos o tres genuflecciones grotescas, indicando con las manos, que ellos, los intérpretes, son los causantes de la barbaridad... y la cortina cae piadosa. ¡Al fin!

—¡No le dé la espalda al público!

—¡Salude, hombre, no sea bárbaro!

Otra vez la luz que hiere, como una puñalada, el ruido, las genuflecciones torpes. ¿Cuánto dura esto? Dos, diez mil siglos. Ah! la cortina ya está quieta y seria. ¡Ya era tiempo!

—Ha sido un éxito.

—Bien; discreto, compañero.

—¡Lo mejor del Teatro Nacional!

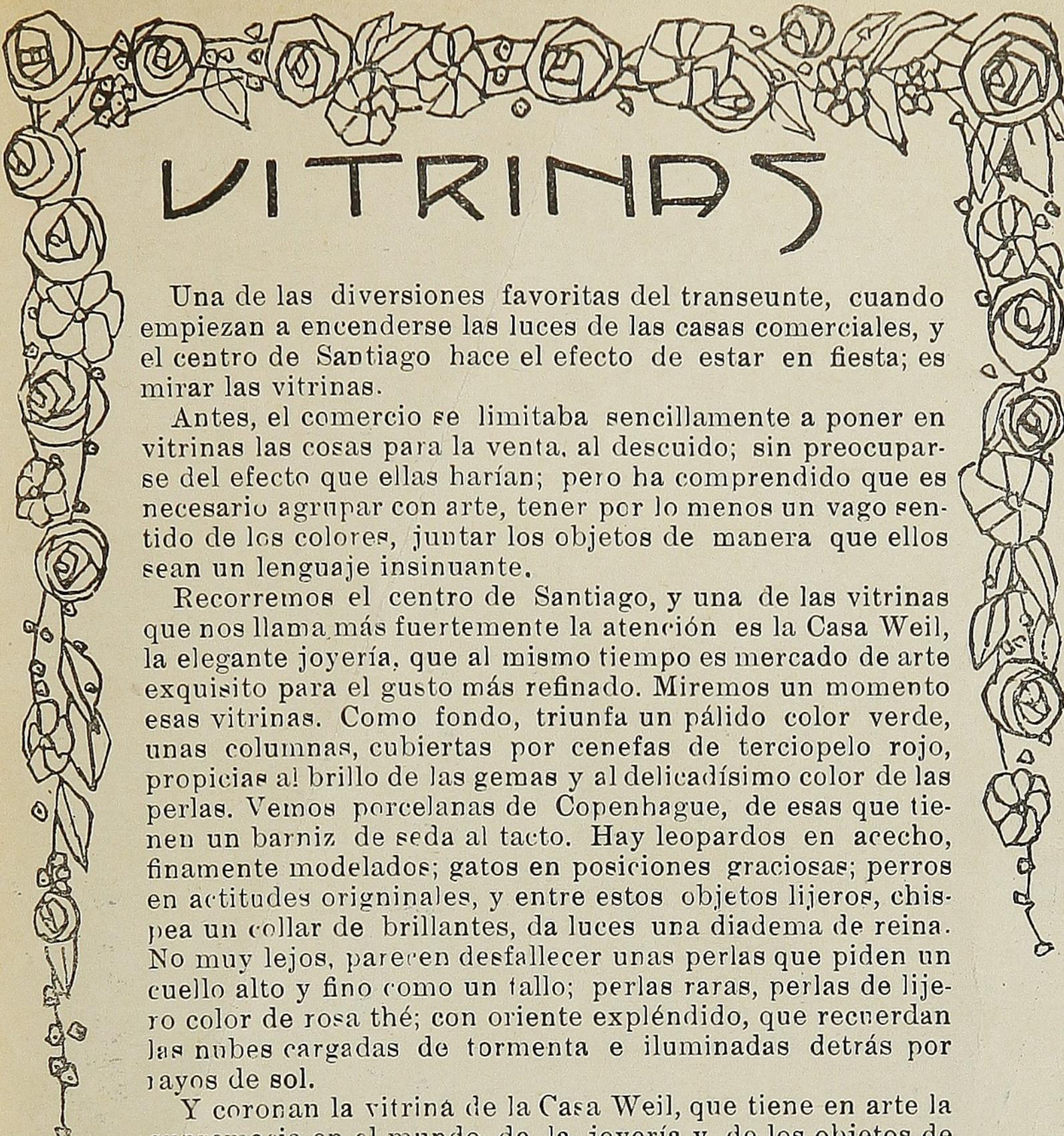
—Achunchaste a Galindez. ¡Te felicito!

Apretones, abrazos; el traspunte devuelve el bastón, el primer maquinista el sombrero: mañana propina «habemus».

Con pasos vacilantes se baja del tablado. En él quedan los comentarios agudos: ya se fué el autor afortunado!

La gran sala está sombría, las butacas se alinean como los dientes de una calavera, un ruido de cortina metálica que se cierra... y el aire fresco de la noche que trae la realidad.

Ya pasó aquello. Y en total ¿qué? Nada, un sueño menos, que quedó allá, tras la cortina roja, entre los brazos yertos de los rompimientos de papel pintado, y frente a la gran risa irónica del teatro vacío.



VITRINAS

Una de las diversiones favoritas del transeunte, cuando empiezan a encenderse las luces de las casas comerciales, y el centro de Santiago hace el efecto de estar en fiesta; es mirar las vitrinas.

Antes, el comercio se limitaba sencillamente a poner en vitrinas las cosas para la venta, al descuido; sin preocuparse del efecto que ellas harían; pero ha comprendido que es necesario agrupar con arte, tener por lo menos un vago sentido de los colores, juntar los objetos de manera que ellos sean un lenguaje insinuante.

Recorremos el centro de Santiago, y una de las vitrinas que nos llama más fuertemente la atención es la Casa Weil, la elegante joyería, que al mismo tiempo es mercado de arte exquisito para el gusto más refinado. Miremos un momento esas vitrinas. Como fondo, triunfa un pálido color verde, unas columnas, cubiertas por cenefas de terciopelo rojo, propicias al brillo de las gemas y al delicadísimo color de las perlas. Vemos porcelanas de Copenhague, de esas que tienen un barniz de seda al tacto. Hay leopardos en acecho, finamente modelados; gatos en posiciones graciosas; perros en actitudes originales, y entre estos objetos lijeros, chispea un collar de brillantes, da luces una diadema de reina. No muy lejos, parecen desfallecer unas perlas que piden un cuello alto y fino como un tallo; perlas raras, perlas de ligero color de rosa thé; con oriente espléndido, que recuerdan las nubes cargadas de tormenta e iluminadas detrás por rayos de sol.

Y coronan la vitrina de la Casa Weil, que tiene en arte la supremacía en el mundo de la joyería y de los objetos de lujo; cuadros de grandes firmas, algunos de pasta fresca otros patinados por los años,

¡Ah, cuánto valor dá a todo eso el arte con que está dispuesto!

RICARDO DE BARBEDIENNE.

TEATRO MUNICIPAL

EMPRESA CONCESIONARIA: RENATO SALVATI

COMPañIA DRAMÁTICA ESPAÑOLA GUERRERO-DÍAZ DE MENDOZA



Doña María Guerrero, la ilustre.